



- ◆ Trabajo realizado por el equipo de la Biblioteca Digital de la Fundación Universitaria San Pablo-CEU
- ◆ Me comprometo a utilizar esta copia privada sin finalidad lucrativa, para fines de investigación y docencia, de acuerdo con el art. 37 del T.R.L.P.I. (Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual del 12 abril 1996)

7

REFLEXIONES FINALES

JAVIER ELZO

7. REFLEXIONES FINALES	401
7.1 Prenotandos para un estudio de la juventud	403
7.1.1 <i>La categoría sociológica de ser joven</i>	404
7.1.2 <i>La contextualización del ser joven</i>	404
7.1.3 <i>El adolescente y el joven, un actor social condicionado pero no determinado</i>	405
7.2 Un mundo en mutación	406
7.2.1 <i>Un mundo global</i>	408
7.2.2 <i>El desafío tecnológico</i>	409
7.2.3 <i>La instauración social de la mujer. ¿Valores masculinos y femeninos?</i>	410
7.3 Los jóvenes españoles en un final de siglo marcado por la incertidumbre	411
7.3.1 <i>Las complejidades de la dimensión familiar en los jóvenes</i>	412
7.3.2 <i>La socialización juvenil</i>	415
7.3.3 <i>Sobre el tiempo libre, el alcohol, el cannabis y la música</i>	419
7.3.4 <i>Actitudes, sensaciones y preocupaciones sociales de los jóvenes</i>	423
7.3.5 <i>La cuestión de la xenofobia y las actitudes hacia el diferente</i>	425
7.3.6 <i>Los jóvenes ante las fórmulas de encuadramiento social y la política</i>	427
7.3.7 <i>Algunas cuestiones pendientes</i>	429
7.3.8 <i>Cerrando estas páginas con una propuesta de perfil del joven de fin de siglo</i>	430

Estas páginas, al final de este libro sobre los jóvenes españoles del 99, pretenden ser, como reza el título, unas reflexiones al término de un trabajo de investigación, compartido y disfrutado en un grupo de estudiosos de la temática juvenil. Están redactadas en agosto de 1999, tras la lectura de los diferentes capítulos que comporta el libro, y entregadas a imprenta el 1 de septiembre, luego sin cotejarlas con los demás miembros del equipo de redactores. No son unas conclusiones al libro, aunque obviamente no pocas de las reflexiones son consecuencia del mismo. Tampoco he pretendido que sean un resumen del estudio, aunque no faltan párrafos que realmente no hacen sino resumir alguna parte del mismo. Simplemente me ha parecido que podría tener cierto interés para el lector que el coordinador del trabajo ofreciera, en pocas páginas, sin aparato de tablas y citas¹, algunos aspectos que más le han llamado la atención o que considera merecen unos comentarios reflexivos siguiendo algunos grandes ejes centrales: la importancia de

¹ Quizá por estar escrito en el *dolce far niente* de agosto, más aún, por estar parcialmente escrito lejos de mi biblioteca y en un ordenador donde no tengo almacenada mi información, he eliminado todas las citas, salvo alguna que, introducida en el texto, no podía no referenciar. Las citas que se encuentran en el entrecomillado de referencias que recojo de los coautores de este libro podrá encontrarlas el lector interesado en las referencias bibliográficas de su capítulo correspondiente. Las reflexiones que acompañan a la primera parte de este texto, los puntos 1 y 2, son resúmenes adaptados de trabajos míos anteriores, a veces de forma literal, a veces con modificaciones importantes. Algunos han sido publicados.

la familia, la socialización de los jóvenes de hoy y la importancia de los diferentes agentes, el uso del tiempo libre y la difícil emancipación juvenil, su lectura del encuadramiento de la acción social en el par bipolar instituciones tradicionales y nuevos movimientos sociales, la actitud de los jóvenes ante el «diferente»...

Estas reflexiones tienen tres partes. En un primer momento traslado aquí, con algunas modificaciones, tres prenotandos que siempre introduzco en mis trabajos sobre la juventud y que conforman como el marco en el que creo deben abordarse. En segundo lugar, y siguiendo lo expuesto en el segundo de los referenciados prenotandos, introduzco algunas consideraciones de carácter global que considero centrales para enmarcar la sociedad actual y, por ende, la juventud de esta sociedad. Solamente en la tercera parte abordo, propiamente hablando, las reflexiones que me ha sugerido el estudio de los resultados de nuestra encuesta y la lectura de los diferentes capítulos.

7.1 Prenotandos para un estudio de la juventud

Quisiera señalar, a modo de introducción, algunas afirmaciones que requieren más espacio del aquí disponible pero que, por el contrario, considero básico indicar como proemio a mi exposición y que conforman, como presupuestos del tema que voy a abordar, prenotandos que he ex-

presado y desarrollado en diferentes momentos de mi actividad intelectual en los últimos años y que han sido objeto de publicación, aquí y allá, aunque, a decir verdad, en publicaciones de distribución muy restringida, cuando no en la denominada literatura gris.

7.1.1 *La categoría sociológica de ser joven*

Si alguna constante hay en los trabajos de la Fundación Santa María es, junto a la insistencia en el estudio del ámbito de los valores, la afirmación de que no se puede hablar de la juventud como si se tratara de una categoría uniforme. La juventud de determinada nacionalidad, enclave geográfico, u otra calificación que la determine, considerada como una categoría de análisis, e incluso como objeto de estudio, no es uniforme, más allá de lo que una delimitación en el factor edad pueda ofrecer. Lo mismo cabe decir de la adolescencia. Ciertamente exageraba Bourdieu cuando decía, no recuerdo dónde, que *la jeunesse n'est pas qu'un mot*, pero indicaba con ello la dificultad o imposibilidad de estudiar a la juventud obviando sus diferencias internas. De ahí que en todo estudio sincrónico de un colectivo joven determinado haya que ser extremadamente cuidadosos con las afirmaciones generalistas pues pueden ocultar o difuminar, más que revelar y desvelar, la heterogénea realidad juvenil. De ahí, también, la afirmación, repetidas veces señalada en diferentes trabajos del equipo de redactores de este estudio cuyas referencias se encuentran en el cuerpo del trabajo, de que no hay que hablar de la juventud sino de los jóvenes. Precisamente, el que cada vez se elaboren más tipologías de la juventud es signo de este planteamiento, reflejo obvio, aunque olvidado, de la plural realidad juvenil. Nosotros hemos elaborado para este estudio dos tipologías, la primera de las cuales, basada en el ámbito de los valores, principalmente, cubre todo el primer capítulo. De ahí que no vaya a tratar de tipologías en estas páginas finales, máxime cuando ya he redactado en las conclusiones de ese primer capítulo un resumen de la tipología general de jóvenes españoles. La segunda tipología es más específica y centrada en

la dimensión sociorreligiosa y se encuentra en el capítulo correspondiente, también con un resumen al final del mismo.

Una cuestión hartamente debatida es la delimitación de lo que joven quiere decir. Si hubiera de hacer una delimitación de la adolescencia y de la juventud en razón de la edad propondría la siguiente clasificación, con una variación de un año arriba-abajo. Preadolescencia: 12-14 años. Adolescencia: 15-17 años. Jóvenes: de los 18 a los 24 años. Juventud prolongada, 25 a 29 años y, por último, si se me permite el barbarismo, denominaría como *tardojóvenes* a los que, aun considerándolos jóvenes, tendrían entre los 30 y los 35 años, pensando en la definición social de la juventud.

Pero la definición social de lo que es ser joven, más allá de la variable edad, es cuestión todavía más debatida. Es conocida la clásica definición que delimita el paso de la condición joven a la del adulto por la emancipación familiar y la inserción laboral, aunque no necesariamente en el mercado del trabajo remunerado. Aunque esta definición exige mayor profundización, no por ello resulta ser de lo más pertinente.

7.1.2 *La contextualización del ser joven*

Pese a lo anterior, sí parece legítimo, sin embargo, realizando un estudio sincrónico, además de propiciar tipologías o clasificaciones de diversos modos de ser joven (o de hacerse jóvenes) presentar algunos rasgos prominentes del joven del momento concreto de estudio, sea basándose en consideraciones de orden estadístico (mayor frecuencia de tal o cual característica), sea en comparación con los jóvenes de otra sociedad concreta, o en razón de estimaciones «idealtípicas» que, más allá de su frecuencia estadística, ofrecen algunas notas singulares o propias de esa juventud. Es evidente que cabe hablar, por ejemplo, de los adolescentes españoles de los años noventa respecto de los de la década de los ochenta, o respecto de los adolescentes de otro lugar, de los años noventa.

Para llevar a cabo este intento, adopto la hipótesis de partida de Mannheim cuando señala

que, para poder hablar de adolescentes y jóvenes de tal momento histórico o de tal enclave geográfico, solamente la vivencia de experiencias compartidas puede originar situaciones generacionales. Esto es, el ser joven se construye en razón del contexto histórico que le ha tocado vivir, del modelo o modelos de sociedad propuestos en el que se está haciendo, de las estructuras sociodemográficas de la sociedad en la que vive, de los grupos sociales que la componen, de los valores dominantes en ascenso y descenso, de los pesos de los diferentes agentes de socialización, etcétera.

Estamos, en consecuencia, ante un doble fenómeno: de diferenciación juvenil, por un lado, a la par que contextualización en una sociedad, por el otro; sociedad, la española en este caso, en la que, como se muestra a lo largo de este estudio, las diferencias intergeneracionales no son muy grandes. No hay que olvidar nunca que los jóvenes no son algo separado de la sociedad, un estamento fuera o al margen de ella. Son y están en la misma sociedad que los adultos y los mayores. Estamos ante una realidad de inclusión y diferenciación social, al mismo tiempo. Andrés Orizo lo dice con estas palabras: «El proceso de individualización de la sociedad y la búsqueda de la diferencia —rasgos de la posmodernidad— favorecen la proliferación de estilos de vida, de grupos, tribus, tipos y microtipos. Los jóvenes —más que los adultos— ya no se obligan a un solo, único, estilo. Pueden probar y cambiar».

Este segundo prenotando conlleva al estudio de los factores de todo orden en los que estos colectivos de jóvenes de fin de siglo se han formado o, más simplemente, han crecido. Es lo que hemos llevado a cabo en alguna publicación nuestra, sobre la base de los trabajos anteriores al presente, y que aún no hemos podido actualizar con los resultados y reflexiones del estudio del 99. Sin embargo sí queremos presentar algunos factores macroscópicos en la sociedad actual, considerada en su conjunto, al objeto de llevar a cabo una mínima contextualización que permita entender el modo particular del ser y hacerse de los jóvenes españoles de hoy. Es lo que presentamos en el apartado 2.º de estas reflexiones.

Pero antes debemos hacer un tercer prenotando que nos parece muy importante, como habrá podido comprobar el lector en el cuerpo del trabajo, si lo ha leído antes de estas páginas finales. Me refiero al modo de socialización particular del joven de hoy que hace de él un adolescente y un joven condicionado, ciertamente, pero no determinado.

7.1.3 El adolescente y el joven, un actor social condicionado pero no determinado

En efecto, la insistencia en la contextualización no ha de entenderse como si de un determinismo se tratara. El entorno, en el sentido más amplio del término, condiciona pero no determina. Más aún, entre los jóvenes y adolescentes de la llamada posmodernidad, en el ámbito occidental, la socialización se realiza más bien desde la experimentación grupal (compartir y ensayar conductas y valores) con otros adolescentes y jóvenes y no tanto desde la reproducción de lo transmitido por otras instancias históricas de socialización como la familia, la escuela, las iglesias, los partidos políticos e, incluso, los medios de comunicación social. Estos factores clásicos de socialización parecen haber perdido su capacidad de socialización, aunque la familia parece estar recuperando importancia en los últimos tiempos, fundamentalmente como estructura en la cual la socialización de los adolescentes se lleva a cabo, como indicaremos más adelante. Precisando más, cabría decir que, respecto de los agentes tradicionales de socialización que acabo de señalar, los jóvenes actuales adoptan una actitud de recepción distante, lo que hace que, más que reproductores aún críticos de normas, valores, cosmovisiones, etc., los jóvenes deconstruyen y reconstruyen, desde sus experiencias —principal, aunque no exclusivamente, grupales—, lo que los agentes tradicionales de socialización les transmiten, produciendo así construcciones nómicas personales que, desde la perspectiva de los agentes de socialización, pueden ser vistas como incoherentes, fragmentarias, heterodoxas, etc., pero que, sin embargo, para los propios jóvenes tienen la virtualidad de ser propias, por cons-

truidas por ellos mismos y, no pocas veces aunque no siempre, con una coherencia interna difícil de percibir desde fuera. En este proceso, precario muchas veces, los jóvenes construyen sus propios esquemas y modelos de comprensión de la realidad social en la que viven y con la que se hacen. Es como un gigantesco puzzle conformado por fichas de diversas características (imperativas, sugerentes, provocativas...) provenientes de diferentes instancias (familiares, escolares, mediáticas, del grupo de pares...) con las que arman, generalmente sin modelo referencial, sus propios e individuos constructos adaptados a las diferentes realidades que conforman su vida (recreativa, de estudios, de trabajo, familiar, amorosa...), constructos que hacen validar por el tamiz de la experimentación y de su utilidad personal. Desde esta perspectiva sitúo yo la calificación de «individualista» que se atribuye al joven de hoy, sin dar necesariamente (ni, sobre todo, únicamente) a esta apelación la connotación de egoísmo o autismo social, sino más bien la de autoconstrucción del ser joven.

Anotemos también que parece evidente que una situación vivencial puede determinar solamente en casos muy extremos (por ejemplo, de extrema pobreza) dejando a salvo deficiencias biológicas o psicológicas en los sujetos, individualmente considerados.

Asimismo, en fin, no nos parece que deba entenderse la juventud, con sus comportamientos, actitudes y valores, como una simple cristalización, acorde con la edad, del entorno en el que le ha tocado vivir, pues la juventud puede ser también adalid y prefiguración de nuevos modos de ser, estilos de vida, sistemas de valores, etc.

7.2 Un mundo en mutación

No soy el único que piensa que vivimos un periodo de mutación histórica. Un periodo que abarca el último cuarto de siglo, equiparable a otros, escasos, periodos de la historia que solemos significar, por simplificación, con acontecimientos concretos: la revolución rusa en los inicios de nuestro siglo; la revolución industrial, a mediados del siglo XIX; la revolución francesa en

los finales del XVIII; la creación de la imprenta, el descubrimiento de América y la reforma de Lutero, a caballo entre los siglos XV y XVI. En los últimos tiempos hay unos cambios y transformaciones en la sociedad que hacen difícil la percepción de lo que es esencial respecto de lo accesorio. Aquí vale aquello de que el bosque no permite ver el árbol, y es tal la masa de información, estudios, publicaciones, jornadas, etc., que ni siquiera los que por obligación profesional estamos llamados a estudiar la sociedad en la que vivimos damos abasto y tenemos la serenidad, recogimiento y tiempo psicológico para entender bien y situar la masa de *inputs* que recibimos, analizarlos, sopesarlos, cuestionarlos, ordenarlos, pensarlos y, a través de ahí, proponer a la consideración crítica de nuestros conciudadanos constructos lógicos contrastados y, sobre todo, contrastables. Además, según la perspectiva, ideológica u otra, en la que cada uno se sitúa, el elenco de «acontecimientos cruciales y emblemáticos» configuradores de la modernidad varía. Unos hablarán de la crisis de valores, otros del pensamiento único, los terceros del nuevo papel de la mujer, sin olvidar a los que señalarán como paradigmático el pensamiento débil, etc. En realidad, lo que subyace es la vieja discusión de saber si nos encontramos ante una mutación histórica, ante el tránsito de la llamada sociedad moderna hacia la posmodernidad, sea como «modernidad avanzada» o como «alta modernidad», sea como nueva sociedad. Pienso que ahí estamos, ya lo he dicho. Una primera forma de verlo es significando el cambio de valores que se está produciendo en nuestra sociedad a poco que abramos bien los ojos.

Hace un par de años tuve ocasión de leer, con verdadera fruición, el sabio y erudito trabajo de José Luis Pinillos, *El corazón del laberinto* (Ed. Espasa Calpe, 1997), trabajo que aborda el tema con la extensión requerida. De su lectura y de la de otros estudiosos, alguno referenciaré enseguida, así como en relación con trabajos elaborados, también por alumnos (y nombro aquí el de una alumna, Marta Ventura, en el marco de mi curso sobre «Sociología de los valores» en la Universidad de Deusto), fui elaborando un cuadro que, manteniéndose en lo esencial, constantemente

CUADRO 7.1
El cambio de valores

Valores de la modernidad	Valores de la posmodernidad
• Lo holístico	Lo fragmentario
• Lo absoluto	Lo relativo
• La unidad	La diversidad
• El gran relato	El pequeño relato
• Lo universal	Lo particular
• El Estado, el país	La ciudad, la región
• Lo objetivo	Lo subjetivo
• El esfuerzo	El placer
• Lo fuerte	Lo <i>light</i>
• El pasado/el futuro	El presente
• La razón	La emoción
• La ética	La estética
• La certeza	La duda
• Responsabilidad	Responsabilidad diferida
• Secularización <i>versus</i> religión	Espiritualidad <i>versus</i> religión
• El día	La noche
• El trabajo	La fiesta
• La utopía	La quimera
• La construcción	La deconstrucción
• La familia <i>versus</i> la comuna	La familia <i>versus</i> la pareja
• Lo masculino	Lo femenino
• Lo leído/hablado	Lo visto

Fuente: J. ELZO, 1999: Elaboración propia.

está en continua modificación, un cuadro con la pretensión de, telegráficamente, permitir ver cuáles son, desde mi óptica personal, los valores dominantes en la modernidad, para contrastarlos con los de la posmodernidad o alta modernidad, como se prefiera denominarlo (ver Cuadro 7.1).

No puedo detenerme en la explicación, profundización y justificación del cuadro anterior en el marco de estas páginas. Hay una gran línea de fuerza que atraviesa todo el proceso de mutación: en la sociedad moderna existe la plausibilidad de un proyecto global, holístico, de una idea matriz, de un norte como faro de acción social, a diferencia de lo que sucede en la sociedad emergente, que se caracteriza por la incertidumbre, la duda, el repliegue en lo cotidiano, en lo emocional, en la duda.

Ahora bien, los valores no surgen como los champiñones en el campo, sino que se insertan en una realidad social, sociológica, económica, tecnológica, etc., concreta. No es que crea en la

tesis de la superestructura determinada por la infraestructura, pues los valores tienen también su espesura propia, pero es evidente que no cabe deslindar enteramente los dos campos. De ahí que haya optado por ofrecer algunos elementos que considero básicos en la sociedad actual y que conforman, junto a los valores, las señas de identidad de esta sociedad de finales de siglo, y apuntar lo que pueda ser el futuro.

Pero antes me quiero detener brevemente en un estudioso francés. Obviamente, otros autores han elaborado otras listas de sistemas de valores, sea como tendencias mayores de la sociedad actual (por ejemplo, Andrés Orizo), sea al modo contrapuesto que acabamos de presentar más arriba, bajo la forma de pares bipolares que interactúan en la sociedad actual. Así, el profesor Jacques Antoine, de quien traslado dos de sus tablas, sin comentarios añadidos (ver Cuadro 7.2 y Cuadro 7.3).

Estando fundamentalmente de acuerdo con los planteamientos del profesor Antoine, quiero centrarme, en un primer momento, en dos aspectos en los que hay unanimidad, al menos en lo esencial, a la hora de entender la sociedad actual y su mutación: la globalización y el desafío de las nuevas tecnologías como dos de los elementos centrales y *configuradores* del denominado mundo occidental en este final de siglo, que coincide con el final de un milenio. A esos dos puntos suelo añadir un tercero, que todavía, de forma incomprensible para mí, no ha adquirido la relevancia que merece en los análisis de la actual mutación histórica. Me refiero al creciente

CUADRO 7.2
Grandes tendencias en la sociedad actual
(*Tendances lourdes*)

Mundialización
Demografía, emigraciones, paro
Comunicaciones, opiniones públicas
Personalización, derechos de la persona
Educación, formación
Ecología, medio ambiente, salud
Nuevas tecnologías

Fuente: Jacques ANTOINE: *Valours de Société et stratégies des entreprises*. PUF, París, 1996, pág. 136.

CUADRO 7.3
Pares antagónicos en la sociedad actual
(Doublets antagonistes)

Permanencia-cambio
Corazón-razón
Ciencia y fe
Nivel de vida y calidad de vida
Concurrencia y colaboración
Riesgo-seguridad
Placer-moral
Libertad-igualdad
Uniformización-personalización
Complejidad-simplificación

Fuente: Jacques ANTOINE: *Valeurs de Société et stratégies des entreprises*. PUF, París, 1996, pág. 136.

papel que en la sociedad occidental está ocupando, al fin, la mujer. Estos tres puntos, la globalización, la revolución tecnológica y la inserción social de la mujer conforman, a mi juicio, los factores clave para entender la sociedad actual y, en consecuencia, a su juventud.

No son los únicos. Además habría que hacer un apartado especial a la situación española en la que viven y se hacen estos jóvenes. Espero hacerlo, quizá, más adelante, actualizando lo que ya llevo escrito sobre el particular. De todas formas, los diferentes autores de este libro, y de forma especial Pedro González Blasco, y también Francisco Andrés Orizo, han reflexionado sobre esta necesaria contextualización en las primeras páginas de sus capítulos respectivos. A ellas remito al lector.

7.2.1 *Un mundo global*

Es ya un tópico decir que vivimos en la tierra como patria común de todos los humanos, pero no por tópico es menos cierto. Esta interdependencia de unos países con otros, y lo que es más importante, de las vidas de unos ciudadanos con las vidas de otros, incluso alejados geográficamente, es una realidad que, día a día, está adquiriendo mayor fuerza. La desaparición del denominado «socialismo real» como modo de organización de la sociedad y como alternativa al modelo capitalista que se simboliza y materializa

finalmente con la caída del muro de Berlín en noviembre de 1989, ha añadido al fenómeno de la globalización la percepción de que no hay recambio. Es el triunfo del denominado pensamiento único, porque se pretende (falsamente, pienso yo) que no hay más que un modo de organización de la sociedad.

Pero esta globalización y esta interdependencia no han logrado una disminución de las diferencias entre las personas; bien al contrario, cabe poder decir que las diferencias entre países se están haciendo mayores. Esta realidad de la desigualdad entre países está propiciando que la ciudadanía de los países ricos, y España es uno de ellos, se esté replegando en su sociedad del bienestar, cual fortaleza sitiada, mientras a sus alrededores cada vez más personas procuran introducirse en ella, por los procedimientos que sean. En España se sabe mucho de eso. No hay día sin que los medios de comunicación social nos informen de ciudadanos africanos que en misérrimas pateras (o en algunos barcos españoles, previo pago de una suculenta prima, que de todo hay) intentan introducirse en el «eldorado» europeo. Los ciudadanos europeos, considerados en su conjunto, y aunque quepa distinguir sensibilidades, seguridades y grados de concienciación diversos, adoptan, ante estos nuevos «invasores», posiciones de temor y rechazo tanto mayores cuanto más próximos los sientan y más numerosos los perciban. Europa corre el riesgo de convertirse en una sociedad sitiada y sus habitantes a caballo entre el humanitarismo a bajo precio y el enclaustramiento vergonzante.

En este orden de la globalización y planetarización quiero recalcar la importancia concedida a la economía de mercado como pretendida panacea universal que, de hecho, ha roto las barreras estatales y que, tras la caída del muro de Berlín y, con ello, la consiguiente bipolarización entre el mundo capitalista y el mundo socialista, se ha convertido en la manifestación por excelencia del mundo globalizado.

Esta globalización trae como consecuencia, por un lado, una concentración de poder en cada vez menos manos, a la par que una atomización, en niveles diversos. Es más que anecdótico que en este agosto del 99, el día 24 concretamente, mu-

chos medios de comunicación mundiales abran sus páginas y sus informativos de radio y televisión con la significativa expresión de «todos pendientes de Greenspan», el todopoderoso presidente de la Reserva Federal de Estados Unidos, porque iba a decidir subir los tipos de interés un 0,25 %. Todo el mundo pendiente, pues ya nos anuncian, no sesudos y barrigudos hombres de las finanzas de otrora sino jóvenes expertos españoles, los JASP de la justamente celebrada publicidad, correctamente delgados y en mangas de camisa, que en enero o febrero del 2000 subirán los tipos en España y, aunque no nos lo digan, sabremos que nos costará más pagar nuestras viviendas, el coche, etc.

La otra es la atomización de la sociedad, a lo que los sociólogos venimos llamando la individualización de la sociedad. Los miembros de esta sociedad se sienten tanto más atomizados cuanto más perciben el carácter general, lejano, inalcanzable, inasible e incomprensible de las decisiones que se adoptan y que, sin embargo, tiene una gran incidencia en su vida cotidiana. Esto se traduce también en la búsqueda de entornos más próximos (algunos denominan a esto la demanda de proxemia), que tiene su lado amable (resurgir de fiestas locales, valoración de la familia, etc.), pero que puede presentar, bajo modalidades diversas, aspectos más inquietantes. Señalo aquí solamente dos. En primer lugar, la tribalización de la sociedad (algunos sociólogos franceses hablan de la vuelta de los clanes) en colectivos de afinidades emocionales, ideológicas, recreativas, con solidaridades teóricamente parciales pero que pueden ser las determinantes en los procesos de socialización, por ejemplo en los jóvenes, pero no solamente en los jóvenes. En segundo lugar, el auge de los nacionalismos y actitudes excluyentes del diferente, del perteneciente a otra raza, etnia o enclave geográfico diferente, crea una problemática de imposible solución en una sociedad que, evidentemente, es día a día más plural, más mestiza, menos unirracional y uniétnica, al mismo tiempo que el no-reconocimiento de una voluntad perpetuadora de la tradición diferencial de un pueblo (que es más que una sociedad), y que sea inclusiva de todo el que voluntariamente quiere adherirse a un

proyecto propio, perpetúa situaciones percibidas por los nacionalistas, o más simplemente porque no quieren diluirse en el magma de la uniformidad, como lesivas.

En definitiva, uno de los mayores retos al que nos enfrenta la actual situación de globalización es el del individualismo creciente, temeroso, apocado, con la percepción en la gran mayoría de las personas de pequeñez, de fragilidad, en definitiva de *incertidumbre*, término este último que considero que es el que mejor define el rasgo central de los ciudadanos de la sociedad occidental de finales de siglo. Una sociedad rica, una sociedad con abundancia de bienes pero temerosa de perderlos, sociedad que siente a veces el escozor de su abundancia cuando no puede compararse (a través de la televisión principalmente) con la suerte que corren las gentes de otros países, sociedad en gran medida desbrujulada y sin mayores objetivos, que busca en la proxemia de colectivos cercanos por toda suerte de afinidades, así como en su localidad, etnia, etc., refugio, seguridad cuando no identidad.

7.2.2 *El desafío tecnológico*

Hay un acuerdo generalizado en admitir que los cambios tecnológicos están propiciando una nueva revolución. La masa de información existente en este momento en el mercado, intelectual, comercial, de entretenimiento, etc., es tan amplia que resulta inabordable, incluso para el especialista. Sin embargo, solamente el que sea capaz de controlar el alfabeto, la lengua y el lenguaje informáticos y haya adquirido la formación para «aprender a aprender», como señala el último Informe Delors sobre la educación, estará en condiciones de ser competente en el siglo entrante.

El tipo de conocimiento enciclopédico del tiempo de la Ilustración es impensable hoy día. En los tiempos actuales, el modo de saber debe estar orientado en saber formular las preguntas pertinentes, dominar los procedimientos que nos permitan acceder a la información correspondiente al objeto de realizar un diagnóstico lo más exacto posible de la situación objeto de análisis y, por último, proponer respuestas, científica-

mente comprobables y éticamente defendibles. Ése debe ser el objetivo educativo primero y dudo mucho de que lo estemos cumpliendo debidamente.

La gran masa de ciudadanos (y hago especial mención de los estudiantes en este punto) tiene una actitud pasiva ante la información, la recibe de forma puntual y fragmentada, con contenidos cada vez más elementales (incluso en la Universidad), con soporte gráfico más que escrito (las transparencias y los vídeos corren el riesgo de acabar con los libros de texto, tiempo ha sustituidos a su vez por los apuntes y, horror de los horrores, por las fotocopias de los apuntes manuscritos), informaciones en forma de *flashes* junto a otros *flashes* de contenido absolutamente distinto, y todo ello, en muchas personas, sin un referente desde donde leer con un mínimo discernimiento crítico lo que están recibiendo. En consecuencia, toda información que exija algún grado de concentración, continuidad o esfuerzo es difícilmente asimilable. Los que estamos en la enseñanza no podemos no verlo. Me gusta citar en este contexto, pues lo complementa con una perspectiva paralela, a José Luis Pinillos, cuando, comentando a Lyotard, señala que (Lyotard) «ha percibido que la educación ha ido a parar a manos de lo que en América se conoce como *information management*, algo que a lo que más se parece es a la aplicación de las técnicas de dirección de empresas de la educación. En esta sociedad performativa es donde el ordenador ha desplazado las cuestiones de legitimidad del conocimiento, por motivos de eficacia y rapidez. Ha sido en las sociedades tecnológicamente avanzadas donde el conocimiento se ha convertido en una mercancía y se ha desentendido de la jerarquía cultural de los saberes. Es en ellas donde la performatividad y el *know how* funcionan como valores supremos del saber, y donde se supone que reforzar la tecnología equivale a reforzar la realidad misma» (en *El corazón del laberinto*, pág. 240).

Nunca se hablará suficientemente del papel de la televisión en la socialización de jóvenes y adultos en la sociedad actual. La televisión es cada vez más un puro negocio y está presa de la dictadura de la audiencia. Esto explica que los programas, con tal

de lograr más audiencia, recurran al histrionismo, al esperpento, a la ordinariez y a la horrerada. A veces se levanta la voz de alarma en temas relacionados con la violencia, las drogas y el sexo y, aunque hay que confesar que hemos tenido tiempos peores muy recientemente, con escaso éxito. Pero más allá de los programas de violencia, sexo y drogas, los programas generales de entretenimiento, con honrosas excepciones, que las hay, fomentan el morbo, el llanto, la sensiblería, la mundanidad de famosos y famosas con lo que interesan a la gran masa de personas. Todo se convierte en espectáculo. Esto tiene, entre otras, dos consecuencias de gran calado. En primer lugar sirve de adormidera, de opio (hoy cabría parafrasear a Marx y decir que la televisión es el opio del pueblo). Las gentes invierten emocionalmente en historias que no les competen, que nada va con sus vidas, con sus querencias, con sus posibles proyectos. Bourdieu, aun exagerando y situándose en el Olimpo del intelectual displicente, tiene razón en sus análisis sobre la televisión.

Pero, en segundo lugar, esta situación es también fuente de desigualdad y de distanciamiento social. En los extremos hay dos públicos, dos sociedades. Por un lado, la que conforma a las personas que leen prensa nacional e internacional, prensa especializada en economía, arte, cultura, etc., personas que siguen algunos canales de pago con excelentes programas de noticias, información diversa, temáticos..., y que prácticamente no ven de la televisión convencional otra cosa que las noticias... y el fútbol. Por otro lado tendremos los clientes fijos de los grandes culebrones, de las series de entretenimiento, por llamarlas de alguna manera, de los pretendidos debates, de las zafiedades pseudoeróticas, etc. Estamos ante uno de los factores más potentes de la nueva dualización social y uno de los mayores riesgos para la democracia en el futuro. Y los jóvenes ven mucha televisión. No se olvide.

7.2.3 *La instauración social de la mujer. ¿Valores masculinos y femeninos?*

Me limito a dejar constancia del tema que está siendo abordado por diferentes autores, incluso

de los más relevantes. En diferentes lugares he dicho que ésta es la gran revolución silenciosa del último cuarto del siglo que termina en el ámbito de Europa occidental y América del Norte. Basta ver la presencia de las chicas en las universidades y en diferentes campos profesionales donde, si no son mayoría, lo serán en breve: medicina, no solamente enfermería, ciencias sociales, jurídicas, humanísticas, etc. Con la excepción de las materias muy técnicas, del alto empresariado y de las militares, sin olvidar al papel de la mujer en la Iglesia católica. Creo que esta revolución es más trascendente incluso que las dos anteriormente citadas, pues se centra en los agentes principales de la vida toda: las personas y los papeles que en la vida juegan los hombres y las mujeres.

Algunos autores se atreven, creo que con razón, a distinguir entre los valores masculinos y los valores femeninos. Así, Jacques Antoine, a quien ya he citado anteriormente. Traslado aquí la escala que él elaboró hace unos tres años en este sentido.

Bipolaridad: ¿Valores masculinos versus valores femeninos?

<i>Más bien masculinos</i>	<i>Más bien femeninos</i>
1 El cambio	1 La permanencia
2 La razón	2 El corazón
3 La ciencia	3 La fe
4 Nivel de vida	4 Calidad de vida
5 Competencia	5 Cooperación
6 Riesgo	6 Seguridad
7 Placer	7 Moral
8 Libertad	8 Igualdad
9 Uniformización	9 Personalización
10 Simplificación	10 Complejidad

Fuente: Jacques ANTOINE: *Valeurs de Société et stratégies des entreprises*. PUF, París, 1996, pág. 143.

No comento nada la tabla de Jacques Antoine y remito al lector al capítulo de González-Anleo del presente libro (apartado 3.3.4 más concretamente) y al final del capítulo de González Blasco, en el que se podrá apreciar, con datos de nuestra encuesta, la diferente percepción que tienen los jóvenes de las cualidades masculinas y femeninas.

Lo que solamente voy a apuntar aquí es que los jóvenes, ellas y ellos, atribuyen a las chicas una superioridad de atributos incluso superior a la que ya constatábamos en el estudio del año 1994, lo que hace decir, con toda razón, a Andrés Orizo que «constituye un dato de la mayor importancia».

7.3 Los jóvenes españoles en un final de siglo marcado por la incertidumbre

En este apartado de las reflexiones finales del libro me voy a detener en una serie de puntos que considero centrales en el análisis de la realidad juvenil. No están todos, evidentemente; tampoco diría que no dejo fuera alguno que requiere mayor tratamiento (algunos ya los señalo en el epígrafe séptimo de estas páginas, pero ciertamente los que señalo me parecen muy importantes, incontrovertibles. Son los siguientes: las complejidades de la dimensión familiar, los factores de la socialización juvenil, la forma como afrontan su tiempo libre, sus actitudes, sensaciones y preocupaciones sociales, la cuestión de la xenofobia y de las actitudes hacia el diferente y cómo se sitúan ante las diferentes fórmulas de encuadramiento social y ante lo político).

A continuación, en un séptimo apartado, señalamos otros seis puntos que nos hubiera gustado desarrollar pero que nos limitamos simplemente a aflorar, faltos ya de tiempo. Además, este capítulo final, que ya es suficientemente extenso, lo terminamos con una propuesta de perfil global del joven español de hoy.

Aun a riesgo de repetirme en exceso, quiero señalar aquí también que todo perfil ha de asumir el riesgo de saber que difumina la gran pluralidad de jóvenes existentes. Soy plenamente consciente de ello, pero tampoco vale escudarse en ese pluralismo para no resaltar lo propio, lo específico, lo ideal típico de esta juventud. Otra cosa, obviamente, es que acierte en la propuesta. El lector juzgará.

7.3.1 *Las complejidades de la dimensión familiar en los jóvenes*

La familia, lo hemos visto en todos los capítulos del presente trabajo, ocupa un espacio central en la vida de los jóvenes. Los jóvenes españoles de 15 a 24 años viven con sus padres en su gran mayoría: el 92,5 %. El resto lo hacen con su mujer, el 2,4 %; con su pareja, el 1,6 %; solos, el 1,4 %; con un amigo, el 1,2 %; o en otras situaciones, el 0,9 %. Además, las Encuestas de la Juventud, desde 1960 hasta 1999, señalan que el anclaje de los jóvenes españoles en su familia viene de hace más de cuarenta años. Anotemos también que los jóvenes españoles, después de los italianos, son los jóvenes europeos que más tarde abandonan el hogar familiar. Aunque no fuera más que por estos elementales datos estadísticos, podemos pensar que hay una realidad sociológica específica a la familia española en el universo simbólico de la sociedad española.

Pero no solamente eso. Los jóvenes dicen estar contentos con sus padres y nada menos que el 70 % consideran la familia como una institución *muy importante* en sus vidas. Además, más del 80 % de los jóvenes participan de un concepto e imagen de la familia como espacio seguro de estabilidad en el que la educación de los hijos está por encima de todo, incluso del dinero, y ello sin distinción significativa por edad, sexo, clase social y estudios. Sus niveles de compenetración consensual con sus padres, en aumento, son muy elevados, especialmente en lo tocante, precisamente, a temas familiares, de trabajo, política y religión, aunque menos en lo referente a cuestiones relacionadas con la vida de pareja, vida sexual, y ocio y tiempo libre. Este dato se correlaciona muy bien con otros muchos. Por ejemplo, hoy los jóvenes discuten con sus padres menos que hace cinco años.

Nos parece muy importante detenerse en los ámbitos o circunstancias por los que suelen discutir los jóvenes con sus padres. Éstos son, por orden descendente de importancia: la (no) colaboración en los trabajos domésticos, la hora de llegar a casa las noches de los fines de semana (aunque aquí con una muy significativa y escl-

recedora mayor permisividad o tolerancia paterna —mejor, materna— que hace cinco años), la relación con los estudios, la relación con el dinero, por la hora de levantarse, por pasarse con el alcohol, por los amigos que tienen y, ya en los últimos lugares, y para un escaso 5 % de jóvenes, por temas políticos y religiosos. Todo esto es más importante de lo que a primera vista cabría pensar, pues indica la demanda de autonomía de los jóvenes, no en el campo de las grandes ideas y concepciones del mundo y de la sociedad, sino en la gestión de su vida cotidiana (pese a que digan, ya lo veremos, que se sienten libres). Esto no quiere decir, en absoluto, que las grandes ideas y concepciones hayan perdido importancia, sino que se han trasladado a la vida diaria, a las relaciones más próximas, a la cohabitación en las relaciones primarias, las más consensuales y las menos contractuales, las más espontáneas y las menos formalizadas, a la instauración del yo, a la creación (y recreación) del mundo nómico, al uso y utilización del tiempo, especialmente el del tiempo no normativizado por la escuela o el trabajo. En una sociedad en la que los valores de libertad (libertad «de», que se decía en la generación anterior) están sacralizados, no solamente en la tematización ideológica sino en la práctica consuetudinaria, los jóvenes que se perciben y se sienten libres en todas las grandes cuestiones ideológicas, denotan, aun de forma no explicitada, falta de libertad (libertad «para», esta vez) en el ámbito de la cotidianidad, de lo diario, de sus relaciones con su pareja, con sus amigos, con su tiempo libre. Mayo del 68 se ha instaurado en la sociedad española en su máxima del «prohibido prohibir», como un gran referente ideológico de cambio de una sociedad supuestamente represiva y timorata a otra en la que todo límite, en el ámbito de las relaciones personales, sencillamente no es plausible. Claro que los que han introducido los «ideales» del Mayo del 68 son los padres de los actuales jóvenes, pues éstos, obviamente, no vivieron aquel contexto. Más aún, no pocos jóvenes se sienten molestos cuando los adultos, tachándolos de conformistas, indolentes y consentidos, blandimos nuestros intentos de revolución (frustrada) con el ejemplo del parisino Mayo del 68. Nuestros hijos viven las consecuen-

cias de la implementación en nuestras vidas cotidianas de algunas de las máximas de nuestra revuelta. Pero con muchos años menos, con más medios que nosotros (medios materiales, quiero decir) y con la historia de las grandes revoluciones conocida por sus fracasos y definitivamente acabada con la caída del muro de Berlín, derrumbe del que celebraremos diez años en las fechas en que este libro salga a la calle.

Ésta es una de las perspectivas desde donde hay que entender las relaciones de los jóvenes con la familia y con sus padres: muy buenas si no excelentes (para uno de cada dos jóvenes), con prácticamente nulos espacios de fricción en cuestiones ideológicas o «trascendentes», limitándose los conflictos al hecho de una prolongada cohabitación que se da de bruce con un sistema de valores omnipresente que coloca en su firmamento la utopía de la autonomía personal, el *self-made woman* y el *self-made man*. Es más. Hace tiempo que emito la hipótesis de que si hiciéramos un estudio, utilizando como unidad de análisis la familia, las diferencias que encontraríamos entre padres e hijos, en los ámbitos nómicos particularmente, serían menores que las que encontramos entre los jóvenes en razón de las tipologías que hemos realizado en éste y en otros trabajos. Hasta ahora, en España, hemos estudiado las diferencias generacionales en razón de cortes de edades, con los resultados que se han comentado en estas páginas. Queda por cotejar la hipótesis arriba expuesta.

Proyectándose en el futuro, la inmensa mayoría (el 93 % de los jóvenes) se ven formando una pareja estable, quieren casarse, sea bajo la forma del matrimonio religioso (el 57 %), del matrimonio civil (14 %) o de la unión libre sin contrato legal alguno (20 %), modalidad esta última que va en aumento, pero más en detrimento del matrimonio civil que del canónico, aunque hay menos jóvenes que se proyecten en estas últimas modalidades que en años anteriores.

La inmensa mayoría de los jóvenes viven con sus padres, ya lo hemos dicho, pero preguntados con quién les gustaría vivir hoy, si pudieran, encontramos porcentajes significativos de jóvenes que quisieran vivir en otras condiciones, sea con su mujer (6 %), sea con su pareja (16 %), con

amigos (15 %) o solos (11 %). Estas proporciones de deseos de emancipación no se han modificado sustancialmente en los últimos años, pero hay algunos cambios que vale la pena reseñar. La quinta parte de los jóvenes desearían formar un nuevo hogar, pero, en 1994, el 10 % hablaban de «su mujer/marido» y el 11 % de «su pareja», mientras que en 1999 los porcentajes han cambiado sus lugares: ahora un 16 % querrían vivir con su pareja y sólo un 6 % piensan en el matrimonio. Parece que se refuerza la tendencia o aspiración a la cohabitación juvenil, «nuevo tipo de noviazgo», en opinión de Angeles Valero. «Vivir con mi pareja» puede ser una alternativa al matrimonio monogámico nuclear si esas uniones son estables y fecundas, pero habitualmente son frágiles y poco fecundas, añade la socióloga citada por González-Anleo en su capítulo. Así y todo, estamos ante cifras muy escasas en comparación con las que encontramos en otros lares. Digámoslo rápidamente: nuestros jóvenes son muy homologables a los jóvenes europeos, pero una especificidad española, no solamente de la juventud sino de la sociedad toda, nos parece que reside en lo que la familia tradicional todavía significa entre nosotros.

Hay otro punto acerca de la familia en el que quisiéramos detenemos en estas reflexiones finales, y es el de saber hasta qué punto es la familia espacio de socialización. Los jóvenes, como detallamos en el siguiente epígrafe, señalan a la familia como el espacio privilegiado en el que se encuentran las cosas más importantes para orientarse en la vida. Es un dato recurrente y que encontramos en muchas encuestas. Pero no hay unanimidad a la hora de determinar hasta qué punto la familia es espacio de socialización. Sin pretender, evidentemente, solventar en estas líneas esta cuestión, apuntaré, brevemente, algunas conclusiones a las que he llegado al cabo de años de análisis de encuestas y reflexión consiguiente.

1. La capacidad socializadora de la familia depende fundamentalmente de la estructura interna de la propia familia. Allí donde haya una familia con una consistencia ideológica y emocional sólida, no hay instancia socializadora que sea más potente a la hora de conformar hábitos, es

estructuras de pensamientos, actitudes, valores, etc. Esto pasa por factores diversos, de los que citaré los siguientes: armonía en los padres, tiempo dedicado a los hijos, estilos de vida, ausencia o presencia de un proyecto de vida familiar. Dicho llana y banalmente, dirán no pocos, una familia es tanto más socializadora cuanto más familia sea.

2. Claro que lo anterior vale para hoy y para todos los tiempos. Y es sabido que muchos sociólogos del fenómeno familiar nos lo advierten machaconamente (me vienen a la memoria los nombres de Flaquer, Alberdi, Iglesias de Ussell, Salustiano del Campo...), que hay nuevos modelos familiares. Ciertamente, pero a veces tengo la impresión de que trasladamos demasiado miméticamente modelos americanos y noreuropeos a la realidad española, que, hoy, no los ha asimilado más que en proporciones exiguas, en proporciones que ya quisieran para sí las sociedades mentadas. En efecto, dentro de una inserción social de la mujer innegable y bienvenida, dentro de un eclipse no menos innegable, sociológicamente compresivo aunque no tan bienvenido, de la figura del padre, ante una implantación del «no prohibir» en la actual generación de padres, como ya he señalado más arriba, no es menos cierto que la impronta de la familia, del linaje familiar incluso, de la familia extensa, del apego de los padres a los hijos y de éstos a sus padres y, no se olvide, de la herencia, no por difusa menos real, de la catolicidad en la concepción familiar en España (como en Italia y como en Irlanda), todas estas razones y más, que seguro olvidado, configuran la particular importancia de la estructura familiar en la sociedad española. De la estructura familiar inmensamente mayoritaria, la conformada por un padre, una madre y sus hijos naturales, escasos ciertamente: uno o dos.

3. Parece cierto, por el contrario, que hay poco intercambio de contenidos temáticos en el seno familiar. No hay adoctrinamiento, incluso en el sentido más noble del término. Lo sabemos, por ejemplo, en la falla gigantesca que se ha producido en la transmisión de la dimensión religiosa, aunque en este punto lo que quizá sucede es que los padres de los jóvenes actuales han dejado de ser religiosos, se han secularizado y es esa secularización la que transmiten a sus

hijos. Pero más allá de la dimensión religiosa, tampoco parece, lo repito, que los padres tengan la pretensión de legar tal o cual planteamiento, tal o cual cosmovisión a sus hijos. Más bien cabe hipotetizar que lo que se defiende es una especie de neutralidad axiológica bajo el principio de que «mis hijos escogerán lo que mejor les parezca cuando sean mayores». Así y todo, sostengo, aunque me sería difícil probarlo con el rigor de la investigación empírica, que la tradición familiar, la historia de la familia, el «humus» familiar, tiene entre nosotros tal consistencia que, cual fenómeno de ósmosis, de transmisión coexistencial, los valores familiares, los valores de los padres, en lo que tienen de más profundo, de no necesariamente tematizado sino de sentido, de vivido, de palpado, se transmite de padres a hijos, y se transmite en un momento de la vida, hasta la llegada de la adolescencia y en la primera parte de ésta incluso, en la que los demás agentes de socialización todavía tienen menos capacidad de penetración. Todo ello hace que la familia siga teniendo una gran fuerza socializadora.

4. Pero no en todas las cuestiones y, sobre todo, menos a la hora de configurar esquemas referenciales sólidos, a la hora de transmitir esquemas de valores suficientemente estructurados, contruidos, defendidos, legitimados. Lo hemos sostenido en diferentes lugares, pero vamos a decirlo con las palabras de Martín Serrano y de Velarde Hermida cuando, haciéndose eco del auge de los sentimientos xenófobos en la juventud española, señalan que «en nuestra época, la matriz del autoritarismo estaría en la impotencia más que en la prepotencia de los padres. Impotencia que se manifiesta cuando en el hogar familiar domina la *anomia*. Entendiendo por tal la dificultad de proporcionar a los hijos —sobre todo durante la adolescencia— criterios normativos seguros y estables. Es decir, unos valores sociales que al tiempo sean abiertos y eficaces para desenvolverse en las condiciones reales de existencia» (en el *Informe Juventud en España 96*, Instituto de la Juventud, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales, Madrid 1996, pág. 26. Los subrayados son de los autores).

Claro que a la postre esto nos retrotrae, una vez más, a los padres, a los valores de los padres,

a la existencia o no de una familia sólida, con lo que cerramos en círculo nuestra reflexión sobre la capacidad socializadora de la familia, volviendo al punto primero de estas brevísimas líneas.

Pero no solamente la familia es agente de socialización. Abramos, pues, un segundo punto de reflexión en estas páginas, deteniéndonos en los factores de socialización de los jóvenes.

7.3.2 *La socialización juvenil*

Ya hemos señalado anteriormente como un elemento central a la hora de abordar el estudio de la actual generación que el proceso de socialización se efectúa más por experimentación grupal que por reproducción, aun crítica, de lo recibido, de lo heredado. En este punto hay que comenzar diciendo, en palabras de González-Anleo, que «la Iglesia y los partidos políticos, asociaciones de carácter ideológico en sentido amplio, han dejado prácticamente de contar como agencias de socialización. En 1989 eran citadas cada una por el 16 % de jóvenes; en 1994, por un 4 %. En 1999 se omitió por irrelevante la cuestión sobre la influencia socializadora de los partidos políticos y se mantuvo la de la Iglesia. ¿Resultado? Sólo la citaron el 3 %. Voz débil, casi imperceptible, la de la Iglesia católica en este esencial terreno. Y en disminución». De hecho, una de las notas dominantes de este estudio es la gran fragilidad de la *Iglesia católica* en sus relaciones con el mundo juvenil que, en algún trabajo, he denominado como de relación asimétrica, aunque, tras reflexión posterior, me pregunto si no será más exacto hablar de divorcio asimétrico, pues mientras el joven ni oye ni quiere oír las querencias del otro, la Iglesia se ve impotente para hacerse presente en el universo juvenil (y no deberían magnificarse las grandes concentraciones esporádicas, como las de Santiago de Compostela en agosto del presente año).

Podríamos apuntar diferentes órdenes de razones a la hora de analizar esta realidad. Apuntaré tres: en primer lugar, aspectos propios de la Iglesia católica; el proceso de la rápida secularización de la sociedad española (una de cuyas manifestaciones determinantes para lo que nos ocu-

pa es la impresionante ruptura de la transmisión religiosa en el seno de la familia), en segundo lugar, y los nuevos modos de socialización juvenil en los que la autonomía es más relevante que la asunción de lo heredado, como acabo de decir, sería el tercero. Dejando a un lado este último factor del que nos estamos ocupando, respecto de la situación *ad intra* de la Iglesia en el marco de sus relaciones con los jóvenes, traslado aquí lo señalado en el cuerpo de mi capítulo sobre la religiosidad juvenil. Sin pretensión jerárquica, anoto los siguientes aspectos: la ausencia de instancias eclesiales atractivas para los jóvenes más allá de algunos espacios cálidos donde, además, se nota cada vez más que hay menos sacerdotes, religiosas y religiosos; la lejanía de la parroquia como espacio vital para la juventud; la disociación entre la religión del libro y la sociedad del espectáculo; la casi total ausencia de la información religiosa en los espacios vitales juveniles; la difícil asunción por los jóvenes de la proclamada opción preferencial por los pobres; el prolongado, y a veces insólito, ocultamiento de la matriz católica en algunas «obras» eclesiales; la difícil situación del papel de la mujer en la estructura eclesial; la irrelevancia (para los jóvenes) de algunas disputas internas en la Iglesia; el foso entre la doctrina oficial de la Iglesia en el campo de la sexualidad y la práctica juvenil en ese campo; el envejecimiento del clero y de los religiosos y religiosas, así como del laicado próximo a la actividad cultural; la dificultad para los jóvenes de contemplar unos responsables eclesiales (papa, cardenales y obispos) de edad avanzada y con jubilaciones tan tardías, que deja sin referentes jóvenes en los «líderes» eclesiales que los atraigan...

Respecto del marco general de una secularización intensa y acelerada de la sociedad española, resaltaría aquí dos aspectos muy generales y que engloban otros cuya enumeración sería excesivamente prolija: la práctica ausencia de cristianos, manifestándose en tanto que cristianos, en la vida cultural, intelectual, política, etc., en los últimos veinte años, por poner una fecha, y la lectura de la dimensión religiosa como relacionada con algo caduco, viejo, tradicional, de gente mayor, en la inmensa mayoría de la prensa española, escrita, radiada y televisada. De hecho,

resulta difícil encontrar en los medios de comunicación que se pueden comprar en los quioscos y centros de venta a los que acuden generalmente los ciudadanos (los jóvenes, manifiestamente, no van a las «librerías religiosas») referencias «amables» hacia la dimensión religiosa, más allá de algunas acciones relacionadas con la labor de los misioneros en países conflictivos y algunas acciones en favor de los necesitados entre nosotros, pero aquí, no pocas veces los ciudadanos no saben identificar la acción como proveniente de la Iglesia. Además, en las revistas que leen los jóvenes, en lista que detallo más adelante, no hay prácticamente referencias a lo religioso, y cuando las hay, lo menos que cabe decir es que no co-mulgan con el pensamiento eclesial. En consecuencia, en la sociedad española actual la dimensión religiosa, como tal, tiene un espacio de plausibilidad muy reducido, lo que, entre otras razones, incide de forma determinante en la pérdida de la transmisión religiosa entre generaciones. En este campo, aún no podemos calibrar, con rigor, lo que ha supuesto la pérdida de la madre en la socialización religiosa de los hijos. Sospecho que estamos entrando en la primera generación de jóvenes que no han sido educados religiosamente en sus propias casas, especialmente en aquellas familias cuyas madres tienen una educación superior, trabajan en trabajos no manuales fuera de casa y tienen labores de cierta relevancia cuando no de liderazgo social.

Pero, además de la Iglesia, veamos el papel que conceden los jóvenes a los diferentes factores de socialización juvenil. Preguntados sobre los espacios donde se dicen las cosas más importantes para orientarse uno en la vida, el actual año 99 sitúan en primer lugar a la familia (el 54 % la citan), pero ya pisándole los talones (con el 47 % de citaciones) el grupo de amigos (particularmente cuando se trata de chicos y adolescentes). Ya en proporciones menores se señalan, y por este orden, los medios de comunicación social (34 %), los libros (20 %) y los centros de enseñanza (19 %), bajando al escaso 3 % la Iglesia, como hemos indicado antes.

Algunas reflexiones: en primer lugar el avance de la importancia que los jóvenes conceden al *grupo de amigos* (doce puntos más que el año 94),

indicador evidente del espacio privilegiado que ocupan en la socialización juvenil. En efecto, los amigos conforman el espacio en el que las relaciones están menos formalizadas, son más horizontales (junto a los medios de comunicación, pero frente a éstos son más pasivos y con menor o nula interacción), más proxémicas, por ejemplo en la «mera» dimensión etaria, con todo lo que ello conlleva de participación de experiencias comunes, muchas veces en un marco no normativizado (o no formal y visiblemente normativizado), con la percepción de vivir en libertad, de estar con los suyos, sin tutelas, aspectos éstos que, en plena edad de experimentación y descubrimiento, tienen una capacidad de penetración, quizá epidérmica o puntual, pero no por ello menos trascendente en un periodo de su vida, en el periodo que ahora están viviendo. En este ámbito, la noche y la música conforman una dimensión esencial. Volveremos a este punto más adelante.

Respecto de los *medios de comunicación*, poco novedoso podemos decir. Ciertamente ven mucha televisión. Aunque el apunte sea banal y estereotipado, lo exacto es decir que «están tirados ante la televisión» muchas horas. Haciendo *zapping*. Alguno ha hablado de la cultura del *zapping*. Sartori entre otros, lo que nos parece más relevante que el número de horas que están frente a la televisión, por lo que indica de incertidumbre, indecisión y aburrimiento sin estímulos exteriores, a cual más llamativo. Ante una oferta frente a la que no tienen, ni por asomo, criterio de selección, decir que eso sucede también, y de forma sobresaliente en los adultos, nos recuerda, y confirma, la inexactitud de hablar de una cultura específicamente juvenil, que sin embargo participa de la cultura dominante, al modo joven, todavía sin compromisos vitales y que se manifiesta en el *zapping* de la improvisación, del presentismo, del mariposeo (con la soterrada y contrapuesta búsqueda y exigencia incesante de fidelidad en la pareja y en los amigos, «hay que ser legal»), de la imposibilidad de adoptar decisiones y compromisos duraderos (¿en nombre de qué?, ¿para qué?, ¿en vista de qué proyecto?). Es cosa sabida. Más dudas hay sobre la influencia real de la televisión a la hora de explicar deter-

minadas actitudes y comportamientos, por ejemplo los violentos. A este respecto estamos más cerca de los que piensan, como Bourdieu, que la influencia de la televisión hay que verla no tanto en el campo directamente ideológico, de control ideológico, por ejemplo en los informativos, o en la forma y contenidos de los debates, informes, etc., sino en lo que, a priori, puede parecer más banal, más plano, los programas de diversión (concursos, chismología de famosas y famosos, culebrones, sensiblerías, sin olvidar al fútbol, etc.), por la capacidad que tienen de tener «entretenedas» a las personas, fuera del circuito de las decisiones o de las preguntas comprometidas. No se trata de que no deba haber programas de entretenimiento, sino que no haya más que programas de entretenimiento (¿y qué programas!) en las horas punta. Basta leer los programas de televisión y, dato aún más importante, los índices de audiencia.

Pero no quiero cerrar este punto sin señalar la importancia de determinadas revistas en adolescentes y jóvenes. Según la segunda oleada del año en curso de la Encuesta General de Medios, éstas son las revistas (excluidos los semanales de los cotidianos) que más leen los jóvenes españoles entre los 15 y los 24 años. Presento la lista distinguiendo los chicos de las chicas, y añadiendo entre paréntesis, en miles, el número de jóvenes que las leen (o las ojean, no sabría precisar). Para los chicos éste es el *ranking*: Canal + (552), *Muy Interesante* (315), *Canal Satélite Digital* (283), *Quo* (277), *Hobby Consolas* (217), *Pronto* (200), *El Jueves* (170), *National Geographic* (157), *Fotogramas* (138), *PC Actual* (135), *Solo Moto 30* (123), *CNR* (121), *Interviú* (111), *Car & Driver* (105), *¡Hola!* (105) y *Vía Digital* (101). Ya con menos de 100.000 lectores y con más de 50.000, en orden decreciente encontramos: *Micromanía*, *Solo Moto Actual*, *Motociclismo*, *PC World*, *PC Manía*, *Man*, *Lecturas*, *Diez Minutos*, *Newton*, *Cinemanía*, *Semana*, *Automóvil*, *Nuevo Vale*, *Coche Actual*, *PC Plus*, *Top Auto*, *Moto Verde*, *Autopista* y *Super Pop*. Como se puede constatar, gran preponderancia de revistas de informática en general y de videoconsolas en particular, así como las de motos y también, aunque menos, de coches. Que aparezcan en primer lugar las revistas de progra-

mas de los canales de pago no debe engañar, pues, como indican las propias fuentes de la EGM, muchas de esas revistas no presentan afinidad especial en los chicos. Hay que llegar a la quinta revista del *ranking*, *Hobby Consolas*, para encontrar un 56 % de afinidad, esto es, que el 56 % de los lectores de esa revista sean chicos en edades comprendidas entre los 15 y los 24 años.

Veamos ahora el *ranking* de revistas que leen las chicas, siempre de 15 a 24 años e indicando entre paréntesis, en miles, el número de lectoras. *Nuevo Vale* (463), *Canal +* (442), *Pronto* (347), *Super Pop* (282), *¡Hola!* (282), *Quo* (233), *Ragazza* (201), *Muy Interesante* (191), *Lecturas* (189), *You* (184), *Canal Satélite* (181), *Mía* (179), *Bravo por Ti* (177), *Cosmopolitan* (174), *Diez Minutos* (144), *Qué me Dices* (144), *Woman* (141), *Semana* (137), *National Geographic* (133), *Telenovela* (119), *El Mueble* (115), *Elle* (111), *Mi Casa* (111), *Cosas de Casa* (109), *Fotogramas* (109) y *Clara* (106). Con menos de 100.000 lectoras y con más de 50.000 tenemos, por orden decreciente, las siguientes revistas: *Nuevo Estilo*, *Vía Digital*, *Tele-Indiscreta*, *Mujer 21*, *Patrones*, *El Jueves*, *Labores Hogar*, *TP*, *Sorpresa*, *Cinemanía*, *Casa 10*, *CNR*, *Mi Bebé y Yo*, *Marie Claire*, *Interviú* y *Supertele*. Esta vez, además de las revistas de programas de televisión de pago, las que se dedican a los amoríos juveniles (de lectura obligada para todos los que quieran saber algo de la socialización de las chicas) se llevan la palma. Después, las revistas llamadas del corazón y las centradas en la casa, en el hogar.

Hace mucho que pienso en ello y, curiosamente, hay poca literatura científica, o yo la desconozco, sobre la influencia de estas y similares revistas en los adolescentes. En ellos, y particularmente en ellas. Cualquier persona que se asome a cualquiera de esas revistas puede comprobar cuál es el sistema de valores imperante, por ejemplo valores de permisividad y banalización ante comportamientos sexuales, modos de diversión, uso del alcohol y otras drogas que se corresponden, en mucha mayor medida que los valores que encontramos en otros medios de comunicación, con los valores dominantes en los jóvenes que detectamos a través de nuestras encuestas. Dicho sea lo anterior a modo de hipótesis, pues,

repito, salvo ignorancia por mi parte, no hay estudios publicados con ese objeto de análisis.

Detengámonos un poco en la *escuela*. Del orden del 80 % de los jóvenes españoles realizan estudios secundarios. Estamos rozando el 40 % en estudios superiores. Apenas un 6 % de los jóvenes de nuestra encuesta compatibilizan estudio y trabajo. De hecho, España ocupa, junto con Italia, Grecia y Bélgica, uno de los últimos puestos en la lista de países de la Unión Europea según la proporción de jóvenes que simultanean estudios y trabajo (GARCÍA ESPEJO, 1998). Además, los alumnos están razonablemente contentos con el centro escolar: el 93 % con sus compañeros, el 71 % por la capacitación que reciben para su futuro profesional, el 65 % con los profesores, el 63 % con los métodos de enseñanza y el 58 % con la organización escolar, las normas de funcionamiento, etc. Más datos: desde 1984 aumenta la proporción de jóvenes que dicen tener confianza en el sistema de enseñanza, pasando de un 41 % el año 1984 al 63 % el año 1999, con subidas porcentuales intermedias en los años 1989 (44 %) y 1994 (59 %). Además, el 88 % señalan tener libertad en sus opciones de estudio. De hecho, es la institución social en la que más confían después de las organizaciones de voluntariado.

Parecería, a tenor de los datos anteriores, que todo es de color rosa en la enseñanza. Pero no. Hay que señalar que los jóvenes estudian fundamentalmente para conseguir un título y obtener un trabajo. Es, pues, la razón instrumental la que prima, lo que explica, no poco, los datos que hemos ofrecido anteriormente sobre la escasa importancia que conceden a la escuela como factor de socialización. Además, hay que reconocer que los jóvenes estudian pocas horas a la semana. Ya lo dice González-Anleo, resumiendo los datos de este punto, en su capítulo, al observar que «aunque no todos, sí la gran mayoría de los jóvenes, dedican en un fin de semana más tiempo al ocio que al estudio en toda la semana».

Además hay que señalar en estas notas finales la importancia de los diferentes itinerarios escolares de los jóvenes españoles. Especialmente de un itinerario frustrado al que se refiere González-Anleo. Señala que «de las respuestas de los jó-

venes se puede concluir que la gran mayoría, un 66 %, siguen estudiando, mientras que un 34 % han abandonado los estudios, de momento al menos. De ese grupo de retirados del sistema escolar (*drop-outs*), el 75 % no llega a traspasar el umbral de la FP o el Bachillerato, y constituyen el auténtico problema. Problema relacionado, sin duda, con el de los *objetores escolares* del que habla el Informe del INCE *Planes de Estudio y Métodos de Enseñanza*, dirigido por José Luis Rodríguez Diéguez..., refiriéndose a un colectivo, muy significativo, de alumnos que, a juicio de los profesores, constituyen la mayor asignatura pendiente de la Reforma..., alumnos que ya antes de los 16 años se manifiestan nada afines al mundo escolar y, en todo caso, su deseo sería abandonar el centro. Al no poder hacerlo, su actitud es de *pasotismo*, cuando no de agresividad y conductas asociales [...]. El embalsamamiento forzado de estos alumnos está consumiendo infructuosamente buena parte de las energías de los equipos directivos y de los profesores. Y la falta de salidas actúa en detrimento de la calidad del clima y del aprovechamiento del resto de los alumnos» (Rodríguez citado por GONZÁLEZ-ANLEO).

En diferentes ocasiones he oído a mi colega deustense José Ignacio Ruiz de Olabuénaga, con el grafismo y pertinencia que le caracteriza, comentar que los jóvenes españoles de hoy están como presos entre las rejas escolares. Como sucede a menudo, es el efecto perverso de un logro evidente: la escolarización total de la sociedad. Los que estamos en la enseñanza sabemos que hay muchos alumnos que están en el banco escolar identificándose al propio banco: no saben, no contestan. Sólo miran al reloj para dejar la tortura del aula escolar. Ya ni los exámenes y los suspensos (escamoteados con «insuficientes» y «recuperaciones», prácticamente sin límite) les afectan, salvo por los conflictos (en tono menor) que han de soportar en casa. Ésta es una de las causas de la escasa capacitación de la escuela para ser agente de socialización. No la única, por supuesto. Ciertamente hay más causas, de las que sólo voy a mencionar algunas que me parecen importantes, con la certeza de que dejaré más de una sin señalar. Así, la inadecuación de la enseñanza, al modo tradicional, en una sociedad de

la imagen; la escasa oferta de la FP; el despropósito de las materias que se les obliga a estudiar, en cantidad (las clases grupales son demasiado largas y tienen demasiadas horas de clase pasiva y colectiva) y en las materias seleccionadas (con escasa incidencia en las cuestiones vitales y sociales estudiando, por el contrario, muchas materias, como por ejemplo la mayoría de las aplicaciones matemáticas, de escaso interés); la no correspondencia entre los valores propugnados en los idearios escolares (solidaridad, tolerancia, etc.) y la práctica competitiva de las calificaciones escolares, aun escamoteadas; la prolongada, legitimada y mantenida imagen del profesor como la del mero enseñante (cuando no la del trabajador de la enseñanza), afortunadamente ya en pérdida, en detrimento de la del educador; la escasa valoración social del profesor; la nefasta introducción de la idea del alumno cliente, y como el cliente tiene siempre razón..., etc.

Pero hay un punto sobre el que quiero detenerme: el uso del tiempo libre en los jóvenes y la importancia que en él ocupa la música, con un apartado para el alcohol y el cannabis en los jóvenes.

7.3.3 *Sobre el tiempo libre, el alcohol, el cannabis y la música*

Los datos de nuestra encuesta muestran la diversidad de actividades que los jóvenes practican con una cierta asiduidad, con una preponderancia evidente de todo lo relacionado con la noche —salir con los amigos, asistir a conciertos u otros espectáculos en directo, ir a bares y cafeterías—, así como la frecuentación de los medios de comunicación de masas. Los jóvenes españoles salen por la noche con asiduidad, pero el disfrute de su tiempo libre no se limita a la noche; practican mayoritariamente también un ocio doméstico, son jóvenes «multimedia», inmersos como estamos en una incipiente era de la tecnología digital, cibernética.

Por otra parte, se constata que el ocio no es un fenómeno exclusivo del fin de semana, aunque el tránsito del tiempo diario dedicado a las obligaciones hacia el tiempo de ocio se viva

como ruptura y no como complemento. Es cierto que los jóvenes en este periodo realizan una serie de actividades que la semana escolar/laboral impide, pero este hecho no es óbice para que su ocio se diversifique en actividades sumamente variadas, desde la participación en distintas asociaciones, aunque sean escasos los jóvenes asociados, pasando por el ocio puramente doméstico, hasta la omnipresente música, de la que disfrutan no sólo en los espectáculos en vivo, sino también a través de cintas y *compact disc* y probablemente de la radio. La clave parece ser, por tanto, «mucho ocio y muy diverso». Especialmente durante el fin de semana. Aguinaga y Comas insisten en este punto: «Durante el fin de semana aparece una oferta casi ilimitada y muy fragmentada de prácticas, tanto de prácticas de ocio como de estudio o de trabajo, en lo doméstico y en lo extradoméstico, de tipos de relación con la información mediada, más prácticas de vinculación grupal, más espacios para la intimidad y la individualización, pero también para los riesgos y, en fin, una serie de posibilidades que vienen a depender de una decisión personal, que a su vez parece depender no tanto de factores de preferencia o valía personal como de mecanismos para recrear estereotipos que se vinculan con la *diferenciación social*» (en *Cambios de hábito en el uso del tiempo*, Instituto de la Juventud, Madrid, 1997, pág. 14. El subrayado es mío).

La importancia de la noche nos la ofrecen estos pocos datos y la mera percepción común. Dos de cada tres jóvenes dicen salir las noches de todos o casi todos los fines de semana. Otro 20 % nos dice que lo hace con cierta frecuencia y nos queda un escaso 15 % que, o no sale nunca, o lo hace con poca frecuencia. Pero tan importante como lo anterior es la hora de vuelta a casa. Ya sabemos que determinar esta hora es una de las mayores fuentes de fricción con sus padres. No es difícil entenderlo. Solamente el 22 % de los jóvenes españoles vuelve, *habitualmente*, a casa antes de las dos de la madrugada. El 33 % lo hace entre las dos y las cuatro, y el resto, esto es, el 44 %, no lo hace hasta después de las cuatro de la madrugada. Los estudios que llevamos haciendo desde hace años con los jóvenes vascos nos indican que esta tendencia a salir de noche

y llegar tarde, o al día siguiente, a casa va en aumento. Y los jóvenes vascos no son los que más se destacan a la hora de llegar tarde a casa, como indican los datos de esta encuesta cuando los analizamos según las comunidades autónomas donde residen los jóvenes. Cada vez es más cierto que los jóvenes, durante los fines de semana, se divierten de noche y duermen de día, al menos en una de las noches y día correspondiente. Esto es también cierto durante las fiestas locales. Escribo estas líneas en plenas fiestas de San Sebastián, en agosto, y no solamente mi percepción, sino la de los propios jóvenes, es la de decir que las fiestas son como un fin de semana largo... Algunos hablan de descansar algún día (noche, claro) para poder mantener el ritmo. Una lectura al programa de fiestas así lo indica, observación que recojo de un joven concejal del Ayuntamiento donostiarra que señala, a preguntas de un periodista, que durante el día «solamente hay cosas para niños y mayores». Es la pescadilla que se muerde la cola. Se programa durante la noche para los jóvenes porque es cuando están en la calle, y los jóvenes salen por la noche porque fuera de la noche no hay ambiente para ellos.

He reflexionado en diferentes lugares sobre esta cuestión, pero voy a trasladar aquí lo que las redactoras del Capítulo 6 de este trabajo sobre las actividades no formalizadas de los jóvenes afirman refiriéndose a la noche como el «espacio de tiempo de las actividades compartidas con el grupo de pares, de la complicidad festiva, de reciprocidad clandestina. Se buscan espacios propiamente juveniles, huyendo de lo establecido. Por ello, la noche adquiere un carácter mítico y mimético. Es el espacio joven propiamente, donde los adultos no pueden ni deben controlar o introducirse para establecer las pautas de funcionamiento. Es el espacio que ellos mismos crean y donde desarrollan actividades que consideran exclusivas de los jóvenes, es el espacio que se reserva para los amigos, la diversión, la fiesta instrumentalizados (aunque no todos, sí muchos, añado yo) por el alcohol, las sustancias estupefacientes y, en unos pocos casos, la violencia, la sexualidad, etc.» (LAESPADA Y SALAZAR). González Blasco también ha reflexionado sobre este aspecto en su capítulo.

Por parte de los adultos se ha aceptado este estado de cosas como un dato, un *fatum*. González Blasco dirá que «los adultos han perdido, en buena parte, la batalla por que los jóvenes, los hijos, vuelvan temprano a casa o no salgan por la noche. Los jóvenes lo hacen y vuelven casi cuando quieren». Es algo que está ahí, se dice, es la moda y habrá que pasar por ese periodo, al fin y al cabo corto, pues el punto álgido se da, en efecto, entre los 18 y 20 o 21 años, para después descender. Ya sabemos que hoy, pese a ser una de las primeras fuentes de fricción en casa, lo es menos que hace cinco años, aunque ahora salen más jóvenes las noches de los fines de semana y vuelven a casa más tarde. La tolerancia, permisividad, aceptación, etc., o como se le quiera llamar, va en aumento. Es ya un hecho banal, uno más, con lo que liquidamos el asunto y miremos a otro lado...

Volviendo al tema más genérico de las actividades practicadas por los jóvenes, vale la pena resaltar la diversidad de las prácticas, no por el hecho en sí, que ya sabemos que es una constante de la realidad juvenil, sino por la importancia de un factor que en otros muchos aspectos no resulta discriminante. Nos referimos a la clase social. Los jóvenes con recursos económicos (de clase alta y media-alta) practican en mayor medida que la media las actividades culturales, informáticas, viajes, deporte, cine... En general, podemos establecer una relación entre disponibilidad de recursos económicos y práctica de ocio. No olvidemos que buena parte de estas actividades requieren un cierto desembolso monetario y el dinero de bolsillo que tienen los jóvenes es gran factor predictor de determinadas prácticas. Por ejemplo, en el consumo abusivo de alcohol y otras drogas, más allá del factor edad. Si además sabemos que la inmensa mayoría de los jóvenes viven en casa y dependen económicamente de sus padres, podremos concluir lo obvio: el dinero se lo proporcionan sus padres y abuelos y abuelas, sospecha uno. Los jóvenes españoles disponen, por término medio, de 4.241 pesetas a la semana «para sus gastos personales o gastos de bolsillo», según la fórmula utilizada en la pregunta n.º 5 del Cuestionario...

«En este mismo sentido —señalan Laespada y

Salazar—, observamos una tendencia mayor en los parados hacia el ocio doméstico: escuchan la radio, cintas o *compact disc*, ven la televisión más que el resto del colectivo, pero también en actividades extradomésticas, como las reuniones o salidas con amigos y las actividades solidarias (tanto en ONG como en asociaciones religiosas)». La situación de desempleo parece convertirse en factor que fomenta el ocio tanto en el hogar como fuera de él, en íntima conexión con una mayor disponibilidad de tiempo libre «forzoso» que el joven tiene que cubrir de alguna forma para mantener firmes sus lazos sociales. En definitiva, tienen más tiempo para realizar actividades de ocio y lo aprovechan, repartiéndolo entre el ámbito doméstico y «la calle».

Antes de entrar en el tema de la música, dos líneas para las drogas. Para dos drogas: el alcohol y el cannabis. En primer lugar, una vez más, quiero resaltar que el problema número uno de consumos abusivos de drogas, entendidas como sustancias cuya ingesta voluntaria provoca cambios sustanciales en el organismo, es el alcohol. Resulta banal decir esto también. Es tan banal, por ejemplo, el número de accidentes provocados por el consumo abusivo de alcohol, que su enumeración los lunes no pasa de un ritual aceptado, pero sin la más mínima conciencia real de modificación en la sociedad en general y, mucho menos aún, en los líderes de opinión juvenil en particular. Es tan banal que resulta molesta su insistencia. Es tan banal que en toda crónica de un acontecimiento juvenil se da por supuesto, y bienvenido, el consumo abusivo de alcohol. Forma parte del imaginario cotidiano de una fiesta, de un encuentro de jóvenes (y adultos no tocados aún por las prédicas de los médicos), de un sarao de famosos y famosillos, de un viaje o comida de fin de curso, o de fin de trimestre que ya se está instaurando, de una boda (en el País Vasco es una excusa que a veces cuele en los controles de alcoholemia), sin hablar de los hábitos, públicos, publicados y, si me apuran, hasta publicitados, de no pocos músicos, cantantes, artistas, hombres de pretendido genio e ingenio, etc. Van bien enfocados los nuevos anuncios publicitarios de prevención de consumos abusivos de entidades como la FAD y el Plan Nacional de

Drogas incitando a los jóvenes a divertirse sin drogas, pero poco podrán hacer cuando los jóvenes lean en *sus revistas* los hábitos de los que «triumfan» en la vida, de los que se lo pasan *guay*, de los que están en la cresta de la ola de la fama, de la notoriedad, etc.

El *cannabis*. Llevo años diciendo que el cannabis (marihuana, porro, etc.) es una droga legal de hecho si bien no de derecho. Creo que además cabe ya decir que está ocupando, junto al alcohol, el papel del tabaco en la generación de sus padres, desplazándolo incluso como «objeto-producto» portaestandarte, sea de introducción en la adolescencia en algunos adolescentes «prematuros», sea de tránsito de la adolescencia a la juventud en otros jóvenes, conformando, en la suma de ambos casos, aproximadamente la mitad de la juventud española de hoy. El itinerario que vayan a recorrer con el cannabis será, en más del 90 % de los casos, definitivo para las experiencias y consolidación de experiencias, haciéndose o no toxicómanos. El cannabis aparece como producto puente. En la mayoría de los casos no pasará de una experimentación limitada en el número de casos (tres, cuatro o menos veces) o en el tiempo (los fines de semanas, un par de «canutos» durante unos pocos años). Algunos, muy pocos, escasísimos, se convertirán en degustadores de cannabis, como otros lo son de puros o de whisky. Pero bastantes más, entre el 7 y el 10 %, se harán, con frecuencias diversas, consumidores habituales de cannabis, y serán éstos, y prácticamente solamente ellos, aunque afortunadamente no todos, los que den el salto a productos más fuertes, cocaína, LSD, éxtasis y, de nuevo heroínómanos, pero no por vía parenteral, afortunadamente de nuevo. De ahí la importancia del tránsito de los jóvenes en las relaciones que mantengan con el cannabis. No solamente la frecuencia de su consumo sino la percepción que tengan de las consecuencias del mismo. En mi opinión, hoy, en el año 1999, en España la importancia central del cannabis no radica en el hecho de su legalización (o de su despenalización), tampoco en el número de jóvenes que lo experimenten ni en los clubes de «amigos del cannabis», por llamarles de alguna manera, abundantes en Internet, sino en la percepción de muchos jóvenes de

que el consumo de cannabis produce más ventajas que inconvenientes, exactamente lo contrario de lo que ya sucede con el tabaco. De ahí que, a medio plazo, si esta percepción social se mantiene, cabe pronosticar que el ciclo social del tabaco se terminará, y quedará como producto de consumo residual y vergonzante, en tanto que el cannabis estará en su momento álgido, máxime si se interioriza socialmente como producto que tiene poderes medicinales o tranquilizantes, poderes que otrora se reconocieran al tabaco, a un «vaso de bon vino» y a la morfina, hoy también a esta última como opiáceo usual en enfermos terminales o con dolores insoportables mientras que nadie piensa, por el contrario, en socializar su consumo. En cualquier caso, no deja de ser más que llamativo que, socialmente mal considerado, un fumador de cigarrillos vaya a acabar escondiendo su «vicio» y fumando en el retrete, retrotrayéndose así a sus primeras experiencias con el cigarrillo, mientras el fumador de un canuto o un porro lo haga sin vergüenza alguna, a la par que alegue la libertad del uso de las drogas como un ejercicio de su libertad personal sin que nadie pueda decirle nada, bajo el riesgo de ser tratado de antiguo cuando no de represor o, cosa peor, de estúpido, no sé bien si acusado, sin apelación posible, de seguir las consignas americanas de lucha contra la droga o por querer poner puertas al océano, aunque normalmente es por ambas cosas, que no razones, a la vez. Porque, en efecto, poco importa que ni la una ni la otra sean ciertas.

No podemos terminar este punto sin detenernos en la importancia que la música tiene para los jóvenes. Nos limitamos a transcribir, en este punto, algunas de las reflexiones y conclusiones de González Blasco en el Capítulo 4 del presente estudio, en uno de los apartados más novedosos de todo este trabajo. El proceso de asistir a los conciertos-espectáculos de cantantes o grupos no sólo permanece, sino que parece haber crecido en el último quinquenio. Básicamente, las causas que hacen atractivo este tipo de espectáculos para los jóvenes son casi las mismas, aunque se aprecian algunas variaciones. Los dos motivos más importantes han aumentado su peso: la música en sí y el ambiente que se da, a lo que se

une un tercer motivo: estar con «gente como yo», que se refuerza con el 30 % de los que opinan que otro motivo es también «ir con amigos». En definitiva, la música, estar en ese ambiente con amigos disfrutando en libertad del espectáculo, es lo que motiva a asistir. Lo relacional, unido a la emoción y sentimiento que aporta la música, es lo que más atrae. No ha cambiado casi nada en esto. Como decíamos anteriormente, es la búsqueda del espacio propio, el territorio juvenil.

Para indagar más lo que significa la música moderna para los jóvenes, González Blasco ha trabajado teniendo en cuenta distintos tipos de música que a partir de los años cincuenta se han ido sucediendo para responder a, y a veces crear, los gustos juveniles. Hay que considerar que los diferentes tipos musicales llevan consigo formas peculiares de ver la vida, maneras de conducta, lenguajes típicos, tratos y relaciones formalizadas e incluso algunos de esos sonidos musicales se asimilan al funcionamiento de algunas de las llamadas «tribus urbanas».

La pregunta que se les formuló rezaba así: «Aunque quizá oigas algo de todo, ¿qué ritmos de los siguientes te gustan o interesan más?». He aquí las respuestas obtenidas, según el resumen que realiza González Blasco. La suma de respuestas es superior al cien por cien, pues los jóvenes podían dar más de una respuesta.

Un 23 % de los jóvenes españoles se identifican con los ritmos del rock and roll y, de alguna manera, son influenciados por las formas, maneras e ideas que entraña esta corriente musical.

Aproximadamente un 10 % de jóvenes españoles se inscriben como seguidores de la corriente de rhythm and blues, soul y beat.

El 60 % de los encuestados señalan que a ellos la música que más les interesa es el pop o la de cantautores.

Un 3 % de los jóvenes se identifican con una curiosa corriente hispánica, los *lolailos*, una mezcla de gitano —gipsy—, rumba y rock.

Aproximadamente, uno de cada diez jóvenes españoles (12 %) se incluyen como oyentes y en buena medida seguidores heavies.

Por otra parte, un 12 % se sitúan en el área de influencia de los movimientos punks bajo ese

tipo de expresión estético-musical y en el entorno de la subcultura punk.

Al amparo de la música skat, el reggae y el oil surgieron otros grupos, como los skins. Estos últimos son musicalmente fanáticos del skat y el reggae jamaicanos, así como del oil. Sienten pasión por la pendencia y fanatismo por el fútbol. Pueden distinguirse diversos tipos de skins: red skin, trojan skin, los sharp, naziskins. Un 16 % de los jóvenes españoles se declaran partidarios de las melodías que simbolizan estos grupos.

Adeptos al movimiento musical del rap y de la subcultura hip-hop se declaran un 10 % de los jóvenes españoles.

Cerca de uno de cada cinco jóvenes españoles (19 %) se identifica con la corriente musical de los grunges.

En la segunda parte de la década de los años setenta salta al panorama musical y al entorno social la música electrónica, compuesta con ordenadores, que mezclan sonidos muy diferentes. De este sonido discotequero, el tecno, nacerá el house, el ambiente, el dance y el bakalao hispánico.

En España, dentro del contexto tecno, se instala el bakalao, con gran arraigo, especialmente bailado o seguido en las distintas rutas de jóvenes los fines de semana, como por ejemplo en la «ruta Madrid-Valencia». Un 31 % de jóvenes españoles se declaran bakaladeros.

Llama la atención que sólo el 1,2 % de los jóvenes españoles prefiera la música clásica. De hecho, apreciar más una no excluye que guste también otra, pero, en cualquier caso, la música clásica está para la mayoría de los jóvenes en un segundo plano, comparada a la moderna música juvenil.

En general, y volviendo a considerar el conjunto de este panorama musical juvenil, vemos que la música significa un espacio aceptado por muchos jóvenes. Seis de cada diez jóvenes españoles optan, sobre todo, por una música moderada, melódica, pop, de cantautores, cualquiera que sea su significación política. De dos a tres jóvenes tienen preferencias por alguno de los movimientos sociomusicales modernos, lo que indica que no son tan minoritarias esas tendencias juveniles más radicales. Hay, pues, una minoría significa-

tiva (20-30 %) de jóvenes para los cuales las tendencias musicales y sociales asociadas a ellas representan un lugar de autosocialización.

7.3.4 *Actitudes, sensaciones y preocupaciones sociales de los jóvenes*

El 82 % de los jóvenes dicen estar contentos con la vida que llevan, cifra que se nos antoja extremadamente importante. Estamos, en efecto, ante una juventud contenta, feliz, bien inserta en la sociedad, sin mayores problemas ni con los profesores ni con sus padres ni (lo comprobamos en el estudio del año 94 y no nos ha parecido necesario repetir la cuestión) tampoco con sus hermanos. El 69 % dicen tener un nivel adecuado de libertad, el 22 % *más* libertad de la que, a su juicio, deberían tener, y un escaso 9 % señalan que tienen *menos* libertad de la deberían tener. No se quejan, pues, por falta de libertad, aunque no hay que olvidar las precisiones que a este respecto hemos formulado a la hora de presentar sus puntos de conflicto en la familia. Sintetizando, quizá en exceso, diría que los jóvenes españoles de finales del 90 son libres, pero no están libres.

También, preguntados concretamente por su grado de libertad en cuestiones como las opciones políticas, religiosas, sexuales, etc., el 90 % no señalan problema alguno para escoger sus opciones. Sólo al llegar al trabajo, la libertad para obtener sus opciones de trabajo desciende el porcentaje al 60 %, en números redondos. Cierto que el paro se sigue percibiendo como el problema número uno, a pesar de que la mejor situación económico-ocupacional de que se disfruta a finales de la década de los noventa hace que ahora se rebaje un tanto la gravedad de «la falta de perspectivas de futuro para los jóvenes», y así la comiencen a percibir los propios jóvenes.

Anotemos también que el 75 % de los jóvenes entrevistados disponen en su hogar de un reproductor de vídeo, el 87 % de radiotransistor, el 84 % de walkman, el 82 % de cámara de fotos, el 42,6 % de ordenador, el 31 % de CD-Rom y el 14 %, cifra aún escasa pero llamada a aumentar inmediatamente de forma exponencial, se sir-

ven ya de Internet. Sabemos también que disponen de bastante dinero de bolsillo a la semana, aunque evidentemente unos más que otros. Pero globalmente considerados, los jóvenes españoles del 99 se sienten felices, contentos y libres, y con más medios que juventud alguna haya tenido nunca.

Acabamos de ver que consideran el paro como el primer problema a resolver en la sociedad española. Después del paro, y por este orden, estos son los problemas que consideran más importantes en el país: la droga, el sida, la falta de futuro y perspectivas para los jóvenes, el racismo, la creciente pobreza, los problemas de contaminación y medio ambiente, las manifestaciones de violencia de alguna gente joven, la corrupción de la vida política, la vivienda, la seguridad ciudadana y la inmigración de trabajadores extranjeros y otros.

Tan interesante como lo anterior es observar la evolución de la percepción de gravedad de los problemas en estos últimos cinco años, evidentemente en los ítems repetidos en ambos estudios. Así el *ascenso*, como problemas principales del país, del sida (+7 puntos), el racismo (+9 puntos), la creciente pobreza y marginación de una parte de la población (+7 puntos), la inmigración de trabajadores extranjeros y otros (+6 puntos), y el *descenso*, como problema, de la falta de futuro (de perspectivas) para los jóvenes (-5 puntos) y la corrupción de la vida política (-12 puntos). No es difícil ver que en más de un aspecto la percepción de los jóvenes está mediatizada por el «ruido» informativo y que tienen una percepción errónea, el caso del sida siendo el más evidente, aunque quizá se explique por la cercanía con la que viven el problema. En otros puntos, sin embargo, dan en el clavo. Así, en el aumento del racismo como problema, en la creciente pobreza y marginación de una parte de la población, situación tanto más injusta cuando nos encontramos en un periodo de gran bonanza económica y siendo uno de los países más ricos del mundo. También dan en el clavo a la hora de ver la situación de los jóvenes, su propia situación de inserción social mejor (o menos mala) que hace cinco años.

Andrés Orizo, analizando esta parte de la en-

cuesta, concluye sus reflexiones diciendo que «los jóvenes [...] a finales de 1998 [se refiere al momento en que administró el cuestionario, octubre y noviembre del 98], están optimistas y esperanzados: 1.º, porque lo produce su propia condición juvenil; y 2.º, porque así lo alientan los adultos, así se nos presenta la sociedad toda.

En esas fechas, la población general española piensa, en un 59 %, que personalmente le ha ido bien o muy bien en el año anterior, y en un 46 % que todavía le va a ir mejor en el año próximo. El 37 % piensa que le irá mejor en su trabajo o profesión.

El optimismo abarca también al rumbo que se prevé para la sociedad española dentro de cinco años. Será más democrática (36 %) y más rica (35 %), también más tolerante (28 %). Y menos religiosa (29 %), menos racista (29 %) y menos conflictiva (22 %) (CIS 1998).

Con este optimismo —termina Andrés Orizo sus reflexiones—, no es de extrañar que la población española encare el comienzo del próximo milenio con sentimientos positivos y favorables por encima de la media europea (como se comprueba consultando la literatura de la investigación internacional comparada) y que los jóvenes se integren en ese modelo optimista también».

En este campo de las actitudes de los jóvenes españoles, otro punto importante es el de la permisividad o tolerancia ante una serie de comportamientos diversos que van desde rupturas de la vida y la familia, como el aborto, la eutanasia, el suicidio y el divorcio, a dimensiones relacionadas con la sexualidad, como la homosexualidad, relaciones sexuales entre menores, aventuras fuera del matrimonio, la prostitución; también elementos de permisividad en la moral y cultura cívicas, mentir en interés propio, no pagar el billete en un transporte público, engañar en el pago de los impuestos, etc., y, en fin, comportamientos relacionados con las situaciones de violencia y desórdenes públicos como el terrorismo, hacer ruido las noches impidiendo el descanso de los vecinos, la pena de muerte...

El orden de justificación de comportamientos es una forma indirecta de detectar los valores de la juventud, pues no hay que olvidar que un valor

es, también, un criterio de acción personal o social. El divorcio, la eutanasia, el aborto y las relaciones sexuales entre menores, por este orden, ocupan los cuatro primeros lugares en el *ranking* de permisividad, justificabilidad o tolerancia, ponga el epíteto el lector, aunque conviene que sepa que se preguntaba por el grado de *justificación* de una serie de comportamientos. A su vez, los cuatro comportamientos que en menor grado se justifican son la pena de muerte, aceptar un soborno en el cumplimiento de sus funciones, causar destrozos en la calle, como rayar coches, romper farolas, etc., y en fin, como comportamiento que en menor grado es justificado, el terrorismo. Parece claro, en consecuencia, que la juventud es más permisiva con los comportamientos más próximos, las «virtudes privadas», y mucho menos con las públicas. Incluso esta tendencia va acentuándose con el tiempo, pues las series estadísticas que tenemos sobre esta cuestión indican el aumento de la justificación hacia los comportamientos más privados y mayor exigencia a la incultura cívica y social, con la excepción de tolerancia a la hora de hacer ruido las noches de los fines de semana, independientemente de las molestias que pueda ocasionar en los vecinos.

7.3.5 *La cuestión de la xenofobia y las actitudes hacia el diferente*

Hemos citado la tolerancia, pero muchas veces resulta difícil distinguir entre la tolerancia y la indiferencia. Pero siendo un tema recurrente en las encuestas internacionales y, cuando se hace la pregunta de la misma forma, es legítimo establecer comparaciones sincrónicas y series temporales. Veamos algunas referencias. El año 1997, «Año Europeo contra el Racismo», los españoles todos (jóvenes y adultos) se mostraban como los que más aceptaban a gente del sur del Mediterráneo que deseara trabajar en la Unión Europea, los que más aceptaban a gente del este de Europa que quisiera trabajar en la UE, seguidos de Portugal. Y como los que más aceptaban a gente que buscara asilo político en la UE, segui-

dos de Holanda (EUROPEAN COMMISSION, 1998: 68-70).

Si consultamos nuestros datos, estas pautas se repiten, el modelo de tendencia se confirma. Excepto por lo que se refiere a miembros de ETA, neonazis, gentes de extrema derecha y *skin heads*, en todos los demás supuestos ha disminuido la proporción de jóvenes a los que no les gustaría tenerlos como vecinos. Es particularmente significativo constatar que solamente el 4 % de los jóvenes españoles señalan que no quisieran tener como vecinos a los trabajadores inmigrantes/extrañeros, así como a gente de otra raza.

Asimismo, las asociaciones que luchan en contra de la segregación social reciben la aprobación de la inmensa mayoría de los jóvenes españoles, desaprobándolas solamente (¿solamente?) el 15 %, porcentaje de desaprobación que sube al 19 % con los movimientos «de apoyo y recogida a refugiados y emigrantes». Claro que otra cosa es que participen en estos movimientos. Solamente el 0.5 % de los jóvenes pertenecen a «organizaciones interesadas por los derechos humanos», y el 1 %, en gran parte los mismos, a «asociaciones de ayuda y cooperación al desarrollo del Tercer Mundo».

Sin embargo, no podemos no reflexionar sobre la imponente carga mediática existente en la sociedad española de hoy que hace prácticamente imposible que alguien diga, en público, que no quisiera tener como vecino a un miembro de otra raza, pues corre el riesgo de ser tachado de racista. El *ranking* de miembros a quienes se rechazaría como vecinos no hace otra cosa que reflejar, en gran medida, el inconsciente colectivo de lo considerado como socialmente correcto. Además, cuando se pregunta a los mismos jóvenes si, respecto de actuales restricciones a la entrada de los inmigrantes extranjeros, estas restricciones deben ser menores, solamente encontramos al 22 % de los jóvenes, mientras el 36 % consideran que deben ser iguales, el 16 % mayores y el 26 % restante afirman que no conocen la legislación. Una encuesta del CIS del año 77 nos enseña que el 70 % están a favor de facilitar la entrada a aquellos que tengan un contrato de trabajo, el 16 % a favor de facilitar al máximo la entrada de inmigrantes, y un escaso 6 % propug-

nan la prohibición pura y simple. Otra encuesta inédita, de mayo del presente año, realizada por Data para la Universidad de Deusto en el marco de la encuesta europea de valores, nos dice que el 18 % de los españoles (de toda edad) están a favor de dejar venir a España a todo extranjero demandante de trabajo, el 52 % son partidarios de dejarles venir mientras haya trabajo disponible, otro 21 % sostienen que debe haber límites estrictos al número de extranjeros que pueden venir a España y un 2 % se decantan por prohibirles la entrada. Los jóvenes son más abiertos, pero en cifras tendenciales parecidas. La consecuencia es clara: los inmigrantes pueden entrar en España en tanto tengan un puesto de trabajo, pero como ya sabemos que el primer problema para los jóvenes españoles es el paro..., concluya el lector. Sin caer en un antirracismo primario, catastrofista y, a la postre, ingenuo e inoperante, pienso que estamos ante uno de los principales problemas que habrá de abordar la sociedad española en el próximo siglo. Informes más puntuales nos alertan sobre la presencia creciente de jóvenes racistas y xenófobos en España y fuera de España. Pero los jóvenes son la punta de un iceberg y los estudios sobre valores nos vienen señalando que la legitimación, o «acomodación» con actitudes en un primer momento blandamente xenófobas, tiene cada día mayor entrada en nuestra sociedad. Las causas de esta nueva situación son variadas. De forma muy elemental, y hartado desordenada, señalaría algunas hipótesis de fondo que habría que desarrollar y precisar, en más de un caso:

1. La ya mentada tesis de Manuel Martín Serrano de los padres impotentes que hace que los hijos crezcan en un clima anómico.

2. Además, más allá de la anomia, habíamos introducido José Jiménez Blanco y yo mismo, en un estudio sobre los jóvenes vascos del año 1986, como una prolongación al concepto de anomia (en el sentido mertoniano del término), el término de *antinomia*, expresando así que en algunos jóvenes no había reacciones violentas en razón de no disponer de conceptos claros y vivir en anomia sino porque habían construido un universo antinómico de valores en referencia a

los valores dominantes. Pero ¿de dónde surge la antinomia? Señalaría estos puntos:

- 2.1. Del miedo y la inseguridad ante una sociedad día a día más abierta, más competitiva. Este miedo e inseguridad se manifiesta especialmente, sea en jóvenes emocional y vitalmente inestables e inseguros y con una muy baja autoestima, sea en jóvenes sectarios (secta proviene de separado, de «puro», de distinto) que no pueden aceptar la evidente marcha de la historia hacia una sociedad interracial e intercultural, historia que consideran radicalmente perversa. Aunque en pocas ocasiones se den ambos factores al mismo tiempo.

- 2.2. De la percepción de fracaso vital, ya desde la escuela, cuando no se es capaz de seguir el ritmo impuesto. El riesgo es mayor entre los chicos cuando constatan que chicas de edades semejantes les aventajan prácticamente en todo.

- 2.3. De la búsqueda de la identidad por diferenciación, sea étnica, sea nacional (o nacionalista), sea meramente grupal.

- 2.4. De la persistencia y penetración de ideologías y grupos organizados de carácter ideológicamente racista, punto este que recientes trabajos del Movimiento Contra la Intolerancia que preside Esteban Ibarra han mostrado, en este mismo mes de agosto en que escribo estas líneas, a través del denominado Informe Raxen.

3. En efecto, lo recordamos, la mundialización y la atomización individualista desembocan en la tribalización, en el retorno de los clanes, sea de los más débiles (en lo físico, en lo psicológico...) sea de los más radicales, defensores de la verdad única, del proyecto único. Un solo proyecto, una sola verdad: la mía, la de mi grupo.

4. Estamos asistiendo en la última década, como consecuencia de un aumento de las diferencias en los niveles de vida entre los países, diferencias que los medios de comunicación hacen visibles a todos, y en especial a los más desfavorecidos, a fuertes corrientes migratorias, grandes desplazamientos. Amén de las todavía enormes diferencias en las tasas de natalidad de los diferentes países o colectivos. Mucha gente de los países del primer mundo acaba temiendo al de fuera, al otro. De ahí a aborrecerlo hay un paso que muchos han franqueado ya. Consecuen-

cia: el principio de que «*los franceses primero*», de Le Pen, que tanto éxito ha cosechado en el país vecino, debería hacernos reflexionar.

5. En efecto no hay que olvidar nunca que debajo de muchas actitudes racistas y xenófobas está el temor de perder los niveles de vida, los estándares de vida de las sociedades ricas, opulentas y saciadas. Y España, ya lo sabemos, ocupa el séptimo u octavo lugar en el *ranking* mundial.

6. La sibilina instauración de la verdad única bajo la capa de tolerancia (pasiva), esto es, de la indiferencia acomodaticia en la propia posición social y cultural, con un humanitarismo lejano, indoloro, indiscriminado y puntual.

7.3.6 *Los jóvenes ante las fórmulas de encuadramiento social y la política*

Si abordamos el eje confianza/aprobación de las «instituciones tradicionales» frente al que mantienen hacia «movimientos sociales de nuevo cuño», observamos, como gran tendencia global, la persistente caída en los niveles de confianza en las instituciones y el desinfe del aura que tuvieron muchos de los nuevos movimientos sociales en la década de los ochenta e inicios de los noventa. Es otra prueba más del reino de lo individual, de lo cercano, de lo proxémico que aparece, definitivamente, como uno de los rasgos centrales de esta juventud de final de siglo. Veámoslo sucintamente.

Los jóvenes del año 99, en comparación con los de cinco años antes, han rebajado su confianza institucional en la Iglesia, en la administración de justicia y, ligeramente, también en la prensa. Ha aumentado su nivel de confianza en las organizaciones de voluntariado y algo también en la Policía. Manifiestan similares niveles de confianza en el sistema de enseñanza, Fuerzas Armadas, sindicatos y parlamentos (del Estado y autonómicos). Pero más allá de la evolución, hay que detenerse en el *ranking* de confianza en las instituciones. Las que reciben un nivel de confianza superior al 50 %, y por orden de mayor a menor confianza, son las siguientes: las organizaciones de voluntariado (el 75 % de los jóvenes dicen tener mucha o bastante confianza en

ellas), el sistema de enseñanza (63 %), la Policía (56 %) y la Unión Europea (55 %). Todas las demás no llegan al 50 % según el siguiente *ranking* decreciente: el sistema de la Seguridad Social (48 %), la prensa (44 %), la OTAN (42 %), las grandes empresas (40 %), la justicia (38 %), el parlamento de la comunidad autónoma del joven (37 %), los sindicatos y las Fuerzas Armadas (36 % en ambas), el parlamento del Estado (34 %) y la Iglesia, por último, con el 29 % de jóvenes españoles que dicen confiar mucho o bastante en ella. Como señala Andrés Orizo, «la máxima confianza se otorga a unas instituciones no oficiales: a las organizaciones de voluntariado, ONG, en primer lugar, así como a las antiguas genéricas organizaciones de carácter benéfico-social. Junto a ellas, el sistema de enseñanza, tan próximo a los entrevistados». Personalmente añadiendo el alto nivel comparativo que alcanza la Policía, más explicable que el manifestado hacia la Unión Europea.

En todo caso, lo esencial a retener me parece que reside en la escasa confianza que los jóvenes españoles tienen hacia las instituciones públicas en general y las políticas en particular, amén de la Iglesia que ya hemos reseñado más arriba, siendo por el contrario mayor su confianza hacia las más cercanas a ellos, indicando aquí también la importancia que para los jóvenes tiene la cercanía, lo próximo e inmediato, más allá de instituciones globales de la sociedad. Estamos ante un hecho mayor.

Por el contrario, los jóvenes españoles manifiestan altos niveles de aprobación hacia movimientos que se organizan para defender intereses diversos. El *ranking* de los que aprueban totalmente y bastante es el siguiente: movimientos de apoyo a enfermos de sida (90 %), pro derechos humanos (89 %), ecologistas (87 %), en contra de la segregación racial (84 %), pacifistas (81 %), de apoyo y acogida a refugiados e inmigrantes (80 %), movimientos de la mujer (79 %), gays y lesbianas (66 %), objeción de conciencia, insumisión (65 %), Pro Vida, en contra del aborto, (43 %), y en fin, nacionalistas (32 %).

Está, pues, claro que aceptan los movimientos sociales en mayor medida que las instituciones más tradicionales, pero se ha disipado en parte

el entusiasmo por los primeros. Así, los movimientos pro derechos humanos y contra la segregación racial pierden terreno. Y mucho más lo pierden los pacifistas y los ecologistas. Las propiedades que deben tener los movimientos para poder ser considerados como fuerza colectiva promotora del cambio, a saber: desafíos colectivos, objetivos comunes, solidaridad entre sus miembros; interacción mantenida con las élites, oponentes y autoridades (TARROW, 1997: 21 y ss.), se cumplen cada vez menos entre nosotros, como indica Andrés Orizo.

Porque no sólo hay crisis en los grandes movimientos sociales sino que también continúan las bajas tasas de pertenencia a asociaciones y organizaciones, incluso han bajado todavía más en 1999. Ya en 1997 el asociacionismo español era el más bajo de Europa, junto con el griego. Hoy se registra nada menos que un 70 % de jóvenes no integrado en ninguna asociación u organización.

En efecto, lo que se desea son vínculos más sueltos y flexibles, que no le aten ni le obliguen a uno. Otra vez el presentismo, la responsabilidad puntual. Lo comunal, los grupos y los líderes, las banderas, no se desean estables sino que puedan cambiar en cada momento. Es algo que en nuestras conversaciones con responsables de grupos juveniles hemos tenido la ocasión de escuchar constantemente.

Las nuevas solidaridades, además, están basadas en la emoción, pero es una emoción despegada, parcelada, preenvasada, que incluso puede controlarse a distancia por vía mediática. Más allá de los Pirineos lo podemos comprobar constantemente con motivo de grandes ceremonias mediáticas que movilizan, pero solamente durante un día, a todo un país para una causa concreta y puntual: el sida, el cáncer, toda suerte de enfermedades graves en general. «Está de moda ser solidario, pero sin moverse del sillón ni luchar contra las injusticias», dice L. Aranguren, de Cáritas Española (*El País*, 16 de marzo de 1999).

Lo digo con palabras de Andrés Orizo: «Lo que pasa al final es que, con la difuminación de movimientos y asociaciones, se ha reducido el espacio público, de manera que se busca en la vida privada personal lo que al joven se le niega en

el ámbito público. Las dos esferas se superponen y se confunden, pasando los medios de comunicación a actuar como ventana abierta a lo público, por la que se asoma y mira la vida privada personal».

Los términos «política», «político», «partidos políticos», y en general todo lo que convencionalmente entendemos como política, está muy alejado de las prioridades manifestadas (y muy probablemente reales) de los jóvenes. Ya sabemos también que apenas tienen confianza en las instancias políticas comunes, ni participan en asociaciones de signo político. En esta investigación, ya lo hemos dicho antes, ni les hemos preguntado por el grado de importancia que atribuyen a los partidos políticos a la hora de encontrar espacios donde orientarse en la vida, pues sabemos por estudios precedentes que es prácticamente nula. Se ha dicho muchas veces que los jóvenes son apolíticos. Y los datos que encontramos en este trabajo parecen avalarlo. Pero cabe preguntarse si el apoliticismo de los jóvenes en realidad no habría que entenderlo desde, al menos, dos claves complementarias: por un lado, su acentuación por el mundo proxémico, por el pequeño relato, el presentismo, los problemas en lo cotidiano, etc., y por otro, en la incapacidad que ellos perciben del mundo de lo político de resolver el único problema holístico que realmente les importa. Recuérdese: la perspectiva del paro a medio plazo, y su sensación de exclusión social en el presente, bajo formas diversas, sea aparcados en la enseñanza, sea en modos de diversión etarios y alejados, sea, incluso, bajo la forma de ser «jóvenes-objeto» de dádivas, atenciones obsequiosas, estudios más o menos sesudos (como el presente trabajo, que no leerán más de cuatro), prédicas de todo tipo..., a la par que, salvo unos pocos, la mayoría viven en *stand by*, muchos, demasiados años, cobijados en el techo (nicho, dicen otros) familiar.

En todo caso, y ateniéndonos a los criterios tradicionales, digamos que los jóvenes españoles del 99 se posicionan en el punto 4,56 en una escala donde 1 indica el punto extremo de la izquierda y 10 el de la derecha. Este punto era de 4,61 el año 94, luego la juventud española se ha escorado ligeramente a la izquierda en estos cinco

años. Venía del 4,74 el año 89 y de 4,24 el 84. Esto es, la juventud se ha ido escorando hacia la derecha entre los años 84 y 89, el momento de máxima credibilidad del socialismo en el poder, y a partir de ahí se va colocando algo más a la izquierda, ya el socialismo a la defensiva y con la derecha en el poder estos últimos años pero sin llegar, ni de lejos, al punto 4,24 del año 84. La juventud, tenida como conformista, no casa con estos datos precisamente.

No extrañará, en fin, que añadamos que los jóvenes españoles se dicen claramente en primer lugar pertenecientes a la localidad, pueblo o ciudad donde viven; en segundo lugar, pertenecientes a España, y en tercer lugar, en posiciones muy cercanas a España, pertenecientes a la región o comunidad autónoma donde viven. Ya muy distanciados, se sienten ciudadanos del mundo entero, claramente en mayor proporción que pertenecientes a Europa. Las series temporales nos dicen que desciende el sentimiento de pertenencia a España, pero no a favor del sentimiento autonomista o regional sino por la progresiva acentuación localista. El sentimiento europeísta está calando poco, e incluso parece haber descendido en los últimos cinco años, manteniéndose estable, por el contrario, el sentimiento de pertenencia al mundo entero. En definitiva, fuerte impronta del localismo y presencia importante y sostenida del sentimiento de pertenencia a la aldea global. Son las dos caras de la globalización a las que nos hemos referido al inicio de estas reflexiones.

7.3.7 *Algunas cuestiones pendientes*

Quedan muchos y muy importantes aspectos que hubiera deseado abordar cuando afronté la redacción de estas notas finales y que no pasarán del deseo. Voy a señalar solamente seis.

En primero y principal lugar, la cuestión de la emergencia, con connotaciones absolutamente inéditas, del papel de las chicas en el mundo juvenil y, premonitoriamente, en el adulto del futuro inmediato, cuestión que solamente he mencionado. En segundo lugar, la grave problemática del paro juvenil. La extraordinaria bonanza

económica de los últimos años, así como el descenso de la natalidad, a partir del año 1975, que se siente en las edades que conforman la muestra de este trabajo, hacen que el tema sea hoy menos acuciante que solamente hace cinco años, cuando publicamos el estudio anterior. Pero todavía hoy España sigue dando las más elevadas tasas de paro juvenil de la Unión Europea. En tercer lugar, el tema de la violencia juvenil (como víctima tanto o más que como victimario), cuestión que me persigue desde hace años y que no acabo de cerrar, atrapado y preso por el tiempo y la urgencia de lo inmediato. En cuarto lugar, el abordaje de la importancia de las características regionales como factores explicativos de algunos comportamientos, actitudes y valores divergentes en los jóvenes. Aquí también hemos de jugar con la base uniformizadora que nos da el vivir en un mundo global, incluso entendiendo por global la realidad española, junto a características específicas propias a cada región, autonomía o nacionalidad histórica (ponga el lector, una vez más, el calificativo). A lo largo de este trabajo, los diferentes redactores hemos escrito sobre la pertinencia de la variable autonómica, ciertamente en muchos casos, allí donde la submuestra es muy escasa, con el temor de ir más allá de lo que la seguridad estadística permite. Así y todo, aquí también valdría la pena tener en cuenta la sucesión de trabajos de la Fundación Santa María y analizar con detenimiento lo que las series temporales, sobre la base de las autonomías, al menos las de mayor base estadística, ofrecen. Lo más costoso está ya realizado: la obtención y producción de los datos. Falta analizarlos.

En quinto lugar, una cuestión que, reconozco paladinamente, falta en este trabajo: todo lo relacionado con la sexualidad de los jóvenes, tema al que apenas hemos dedicado un par de preguntas. No por olvido, pues fue un tema debatido ampliamente por el equipo de redactores. Pero nos enfrentábamos con un problema de espacio en el cuestionario para tratar el tema con el rigor y extensión requeribles. Añádase a ello mi personal duda de la pertinencia y validez de la entrevista oral como forma de obtención de información fiable, máxime cuando los sexos del entrevistador y del entrevistado eran diferentes.

Dicho lo anterior, solamente quiero añadir que el tema me parece cada día más importante. Me baso para ello en un mínimo análisis de contenido de las revistas que leen las chicas y los chicos, los programas de Internet que consultan éstos, lo que algunos análisis de la juventud realizados mediante la técnica del autorrellenado y, sobre todo, del análisis de grupos, muestran; en fin, la clamorosa, aunque silenciosa, búsqueda de espacios propios de intimidad en una juventud que sale muy tarde de su casa paterna, en una sociedad donde la dimensión erótica es omnipresente.

En fin, y en sexto lugar, en estas páginas no he dicho nada sobre la diferente importancia de las variables explicativas, de los factores más discriminantes a la hora de dar cuenta del variopinto mosaico juvenil, a la hora de ofrecer una explicación, suficientemente construida, que profundice temáticamente en uno de los ejes de nuestro trabajo: la afirmación de que más allá de la juventud hay que tener en cuenta a los jóvenes. En efecto, estas reflexiones finales hablan más de juventud española que de los diferentes tipos de jóvenes españoles y de los factores que mejor definen y construyen sus diferentes estilos de vida. Muy brevemente, permítaseme decir que, a mi juicio, estos factores o variables explicativas en la gran mayoría de comportamientos divergentes son la edad, el género y las variables ideológicas, tanto las políticas como las religiosas. La variable religiosa es mucho más importante como variable explicativa de lo que la dimensión religiosa lo es para la gran mayoría de los jóvenes. Lo mismo cabe decir, aunque con menor rotundidad, de la variable política. Estas cuatro variables son mucho más explicativas que las variables sociodemográficas de la clase social, tanto la objetiva medida por la ocupación del padre de familia, como la subjetiva atribuida por el propio sujeto (pese a que este factor recupere un tanto el factor predictor de hace un par de generaciones), del estatus ocupacional del joven, de su nivel de estudios (aun controlando la edad), del hábitat (a no confundir con la variable autonómica), de los ingresos familiares, etc. Ciertamente, lo anterior es válido para el amplísimo colchón de la clase media española, exceptuando

los sectores en situación de exclusión social o de gran pobreza, cuya cifra no me atrevo a señalar más allá de decir que no llegan a dos dígitos, y también, aunque en mucha menor proporción, los escasos jóvenes que provienen de fortunas y estándares de vida de altísimo poder adquisitivo. Ambos colectivos de jóvenes, además, son los que más difícilmente se localizan en las encuestas.

7.3.8 *Cerrando estas páginas con una propuesta de perfil del joven de fin de siglo*

Cerrando, porque creo que ya van demasiadas páginas y porque el tiempo de este agosto caluroso llega a su fin. Lo hago proponiendo un perfil del joven español de final de siglo que coincide, en fórmula que me gusta utilizar, con el final del milenio, y ello a pesar de haber insistido en la necesidad de tipologías y mosaicos de estilos de vida de jóvenes. Pero la demanda al investigador de cuál sea «el perfil medio del joven español de hoy» es una cuestión recurrente que resulta difícil eludir. Obviamente, muchos rasgos están ya descritos tanto en los diferentes capítulos del libro como en las páginas anteriores de este capítulo final. Incluso algunos autores de este libro ya han propuesto algunos perfiles sintéticos del joven español, privilegiando las dimensiones que particularmente han analizado. Lo que pretendo ahora es sintetizar al máximo toda la masa de información en un par de páginas, aun siendo plenamente consciente de los riesgos que conlleva toda reducción. Para esta labor no voy a fijarme prioritariamente en dimensiones estadísticas sino en lo que el clásico Max Weber describe como dimensiones idealtípicas, construcciones que intentan ordenar en un tablero relativamente homogéneo las características esenciales de un fenómeno concreto, en este caso los jóvenes españoles de final de siglo. Evidentemente hay no poco de subjetividad en el perfil que presento, pero mis alumnos saben bien que yo no creo en la objetividad pura sino en la subjetividad objetivada, objetivada aquí por las largas páginas del libro entero que dan cuenta del porqué de lo que afirmo aquí abajo y de los parámetros desde los que leo los datos.

Quizá lo primero y esencial a señalar es que estamos ante una juventud que valora por encima de todo lo próximo, lo cercano, lo local, la pequeña historia, en lugar del proyecto de futuro, del gran relato, de las grandes cuestiones sociales y políticas. Hace años, con motivo del estudio del año 89, señalaba que los jóvenes querían insertarse, aun críticamente, en la sociedad, a diferencia de la generación anterior que pretendió cambiarla, e incluso algunos, los más pudientes, los de clase social más alta y sin problemas de empleo y dinero, pretendieron cambiarla radicalmente. Los jóvenes del 99, ya lo apunté tímidamente tras el estudio del año 94, han dejado de lado, no solamente toda ínfula revolucionaria sino también las demandas de integración social: sencillamente se saben dentro, aunque aparcados, en *stand by*. Además, muchos se sienten felizmente aparcados, temerosos de pasar de la realidad virtual del nicho escolar y familiar a la realidad real de una intemperie competitiva, dura, ramplona y pesetera, en la que «el que vale vale y el que no al Indautxu», como decíamos metafóricamente en mi juventud, para significar que uno no servía para el Athletic.

Los jóvenes de hoy no quieren otra revolución que la de todos los días, la que les haga sentirse mejor en su piel, más cómodos, más asentados, más felices. Son presentistas. Pero de ahí no se concluya que sean egoístas, por utilizar por comodidad de expresión un término moralista que a menudo se les aplica, demasiado rápidamente. En efecto, estos jóvenes no aceptan la injusticia, son solidarios, puntualmente solidarios es cierto, pero toda la sociedad lo es y, de hecho, son ellos (algunos, claro) los que no dudan en «perder» uno o dos años de su vida para irse, por ejemplo, a América Latina en un programa de cooperación al desarrollo, o trabajar por implementar el 0,7 % en España, protagonizar en Euskadi la revuelta contra ETA y los suyos, acabar con el servicio militar obligatorio y demás alternativas paramilitares... Son los jóvenes los que en mayor grado aceptan al diferente, sea bajo la forma de singularidad sexual (así, con los homosexuales), sea como consecuencia de haber contraído alguna enfermedad problemática (así, con el sida), sea con los emigrantes, las gentes de otra raza,

etc. Es verdad que hay un riesgo evidente de aumento de actitudes xenófobas en la sociedad española. También en su juventud, pero hay que añadir, a renglón seguido, que son los jóvenes los más receptivos, cuando no los propulsores de muchas políticas de mestizaje social y cultural. Más aún, no creo equivocarme si digo que el gran dilema de conjugar el mantenimiento de la historia y de la tradición, de la singularidad regional o nacional propias con la globalidad y uniformidad se a va resolver, en gran medida, en la práctica consuetudinaria de los jóvenes, en el intercambio universitario, en los desplazamientos laborales, en los viajes, en los *chats* de Internet, en una práctica cada día mayor de encuentros, lazos, intercambios, etc. Esta práctica no supone renunciar a lo propio, a lo históricamente identitario; más bien constatamos que hay un retorno y un afianzamiento de prácticas simbólicas de otra época en busca de las raíces perdidas o dejadas en sordina, así como un resurgir de nacionalismos o regionalismos. Precisamente, una vez más, como la otra cara de la globalización, en pro de la identidad singular.

Los jóvenes propugnan con mayor énfasis las «virtudes públicas» que las «virtudes privadas». Así, la permisividad cívica es cada vez menor (con la excepción de las molestias que originan los fines de semana), a la par que son más tolerantes con la mayoría de las virtudes privadas, como el aborto, el suicidio (en alarmante crecimiento), la eutanasia (que lleva años siendo más legitimada que el aborto) y el divorcio, pero lo son cada vez menos con las «aventuras fuera del matrimonio», dato este que siempre he interpretado como una implícita demanda de fidelidad, de norte y hasta de seguridad.

Otro rasgo central de estos jóvenes es el de su implicación distanciada respecto de los problemas y de las causas que dicen defender. Incluso en temas frente a los cuales son adalides, como el ecologismo y el respeto por la naturaleza, por señalar un caso paradigmático, no puede decirse que conforme, salvo en grupos muy restringidos, un campo de batalla, una utopía sostenida en el día a día, en la acción libremente decidida a la hora de ocupar las preocupaciones y el tiempo disponible. Siempre he pensado que en la utili-

zación del tiempo libre durante los fines de semana el problema mayor no está (aunque también) en la ingesta abusiva y compulsiva de alcohol y otras drogas, con las consecuencias sabidas, sino en una especie de autismo social, aderezado de fusión orgiástica de pares, que los deja tirados para hacer algo de lo que dicen que es fundamental en la vida y que solamente puede llevarse a cabo durante las horas diurnas. Por eso he insistido, y lo repito aquí, que en los actuales jóvenes hay un hiatus, una falla, entre los valores finalistas y los valores instrumentales, cuestión que también resalta González Blasco en las últimas líneas de su capítulo. Lo digo con mis palabras: los actuales jóvenes invierten afectiva y racionalmente en los valores finalistas (pacifismo, tolerancia, ecología, exigencia de lealtad, etc.), a la par que presentan, sin embargo, grandes fallas en los valores instrumentales sin los cuales todo lo anterior corre el gran riesgo de quedarse en un discurso bonito. Me refiero a los déficit que presentan en valores tales como el esfuerzo, la autorresponsabilidad, el compromiso, la participación, la abnegación (que ni saben lo que es), el trabajo bien hecho, etc. Pienso que la escasa articulación entre valores finalistas y valores instrumentales está poniendo al descubierto la continua contradicción —amén de la dificultad— de muchos jóvenes para mantener un discurso y una práctica con una determinada coherencia y continuidad temporal, allí donde se precisa un esfuerzo cuya utilidad no sea inmediatamente percibida.

Quizá tenga razón Amando de Miguel cuando habla de jóvenes consentidos. Claro que no solamente hay jóvenes consentidos. También hay mayores consentidos, por ejemplo. Pero lo cierto es que estos jóvenes han crecido sin que nadie les haya hablado, menos aún impuesto, el concepto de límite. El límite no es plausible para muchos de los jóvenes de hoy, y todos los intentos, por ejemplo de señalar una hora de cierre para los locales nocturnos, los encontrará enfrente. Sencillamente no entienden en razón de que hayan de irse a casa a tal o cual hora. Su límite es el cuerpo, lo que aguante el cuerpo. Hay que añadir que los responsables de la hostelería se acomodan muy bien con esta situación, y la fa-

rándula publicitada en todas las sopas mediáticas, sin olvidar la dimisión de los padres, más por impotencia que por otra cosa, hacen el resto.

Cada vez menos religiosos, estamos ya de lleno ante una generación que no ha sido socializada religiosamente. No solamente no saben nada ni de fe ni de cultura religiosas, sino que ni sienten la necesidad de saber nada. Es un mundo que les es ya lejano; más aún, inexistente. La pregunta religiosa ha desaparecido de su horizonte vital. Éste es uno de los puntos en los que observamos mayores diferencias en la evolución de los datos de los diferentes estudios que llevamos realizando estos últimos años. Salvo cambios radicales, todo hace pensar que dentro de poco habremos de utilizar, aplicándola a España, la expresión que hace años leí en un texto de Touraine, refiriéndose a su país como «la France ex-catholique».

Tienen unos equipamientos materiales como generación alguna ha tenido, unas posibilidades de estudio, a bajo costo y con escasa exigencia, inéditos. Tienen consejerías, concejalías, institutos y demás entidades específicos para la juventud, por doquier. Nunca se han construido más equipamientos juveniles que estos años. Tienen descuentos (como los mayores, dicho sea de paso, cuyos análisis tienen muchos aspectos comunes con los estudios de la juventud) en mil sitios o circunstancias. Para viajar, por ejemplo. Se dicen razonablemente satisfechos, contentos con su familia, con la escuela, con sus amigos y, los estudiantes, hasta con sus profesores. Aunque consideren el paro como el principal problema, de hecho se nota ya que sienten menos angustia ante el futuro que los jóvenes de no hace más de cinco años. Además ya sabemos que, dado el bajón de la natalidad, los jóvenes españoles son cada vez menos numerosos, en un momento de bonanza económica.

Se sienten y, cuando se les pregunta, se dicen libres, pero no están libres. Tienen fuertes ataduras con la familia de origen y viven muchos años, demasiados años, en la dependencia familiar, escolar, social, experimentando en lo que quieren, pero sin la responsabilidad de tener que dar cuenta de lo que hacen. Nunca tantos jóve-

nes han tenido tantas posibilidades de construir sus esquemas referenciales, sus propios valores, hasta sus propios proyectos de vida. Nunca estos proyectos han estado menos determinados por su familia de origen, lo que no quiere decir, en absoluto, que no estén muy condicionados por la impronta familiar. Quiero significar que nunca generación alguna ha sido tan autónoma, con un horizonte menos predeterminado, más abierto. Ésta es su ventaja y su riesgo. De ahí que algunos se hagan Jasp y dirijan empresas u ocupen altos cargos rozando la treintena y otros traspasen esa edad descolocados, desbrujulados, los más afortunados viviendo de sus padres, los otros, sencillamente malviviendo, errando, la mayoría de los jóvenes estando en medio de ambos polos. Todo se juega en el itinerario personal, en el tránsito individual de la adolescencia a la vida adulta, precisamente en la juventud.

Concluamos. En resumen cabe decir que estamos ante la generación juvenil que más medios materiales y recursos culturales y formativos tiene de toda la historia. También la generación que en mayor grado depende de sí misma para construir su universo de valores, sus proyectos de vida, su vida misma. Pero los grandes proyectos, las grandes ideologías, el ámbito de la política lo valoran solamente en tanto les ayude a entender y vivir lo próximo, lo cercano, lo local, lo coti-

diano. Apuestan fuertemente por fines nobles, pero les falta el ejercicio de la disciplina. De hecho, pocos se implican, incluso en aquellos temas, como el ecologismo, el respeto a los derechos humanos, el pacifismo, etc., que valoran en gran medida. Son presentistas, puntualmente solidarios, tolerantes ante el diferente en mayor medida que los adultos, estrictos en la exigencia del cumplimiento de las virtudes cívicas y más permisivos con los comportamientos privados. Valoran la fidelidad, la lealtad... La gran mayoría son indiferentes a la dimensión religiosa, aunque la actitud ante lo religioso discrimina fuertemente a unos y otros jóvenes. Dicen que son libres para escoger todo tipo de opciones, y es cierto, pero de hecho están atados a la familia, a la escuela, a la rutina del fin de semana en la que tienen la obligación de divertirse... Se llevan bien con sus padres, con quienes discuten cada vez menos y solamente por cuestiones domésticas. No hay rupturas generacionales. Por otra parte, cada día se abren más puertas al trabajo juvenil, pero viven bajo el síndrome del paro, ciertamente real aunque en niveles desiguales en unos y otros puntos de la geografía española. En fin, están bastante contentos con el trabajo los que trabajan, con los estudios los que estudian, y la gran mayoría razonablemente satisfechos con la vida en general.